

de València
Històrica

4
13

~~197 2 26~~

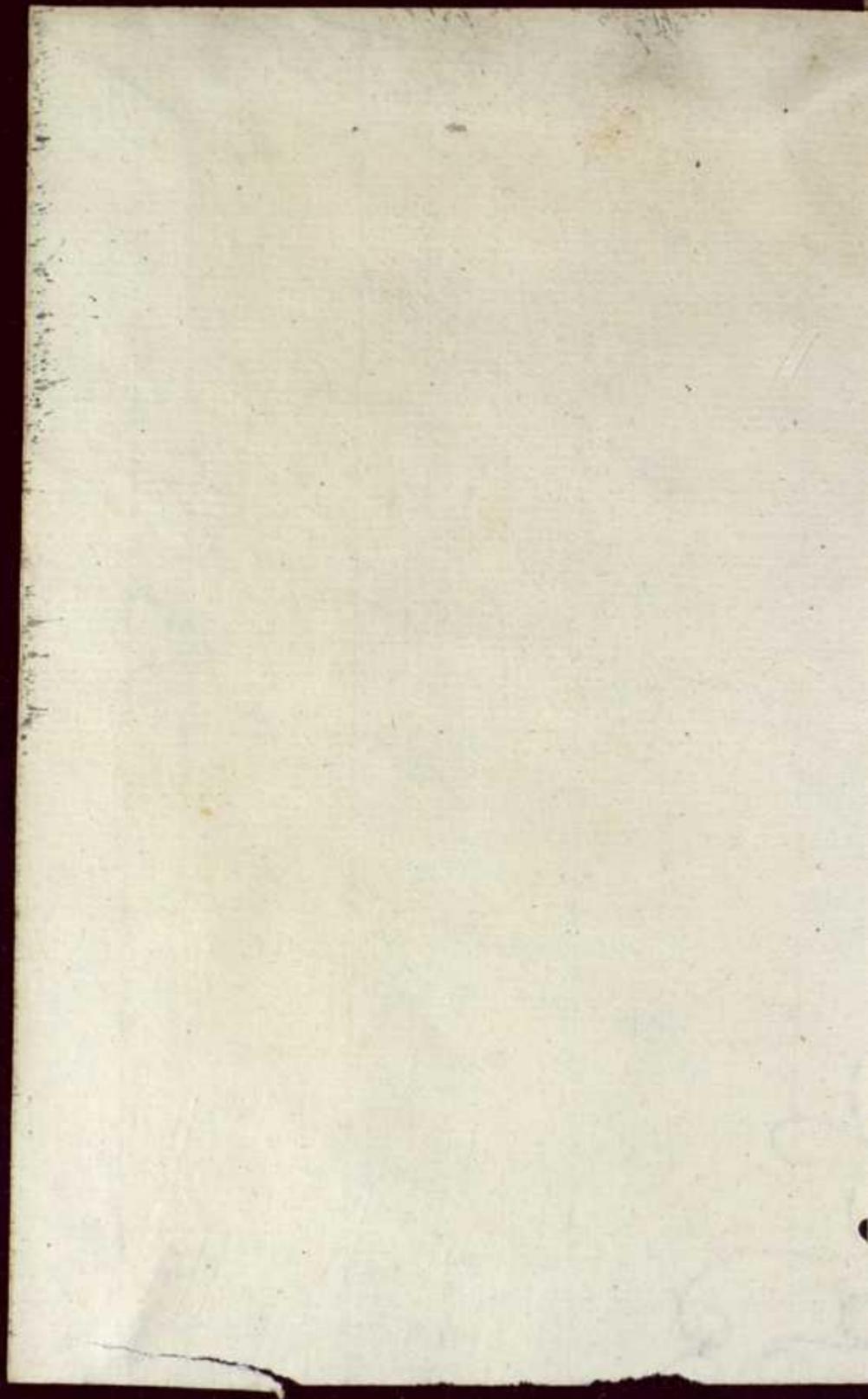
~~103~~

IV

3013

D 544290

L 1269810







*A Dios, mi amada Antonietta; pobre con-
sorte mia, à Dios procura ser siempre buena ma-
dre, y hablar de mí con frecuencia a mis queri-
das hijas. TOM. III. p. 77.*

EL CEMENTERIO
DE
LA MAGDALENA:

Ó LA MUERTE
DE LUIS XVI.,

DE LA REYNA
Y DEL DELFIN DE FRANCIA.

POR
J. J. REGNAULT — WARIN.

TOMO III.



VALENCIA:
POR JOSEF FERRER DE ORGA
Y COMPAÑIA. AÑO 1810.
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

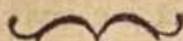
Se hallará en la Librería de Mailén.

Así para aterrar al vulgo, la guadaña de la muerte sacrifica grandes víctimas, y derriba cabezas ilustres.

YOUNG, noche 7.^a

R. 8612

EL CEMENTERIO
DE
LA MAGDALENA.



NOCHE NONA.

CONTINUACION DE LOS APUNTAMIENTOS
DE M. DE MALESHERBES.

DIA 20 DE DICIEMBRE.

Miéntras la Europa suspensa fija sus ojos en el drama inaudito que se está representando en Francia, miéntras el Altísimo, que no se desentiende de este espectáculo, permite su desenlace á las causas segundas, que son las pasiones humanas; Paris, en cuyo seno se fomenta, lo mira con poca atencion. No hay impulso extraordinario que al

parecer amente el movimiento diario, uniforme y continuo de esta gran poblacion. Todo se reduce al flujo y reflujo periódico de pensamientos , palabras y acciones que componen su existencia. El administrador delibera, el juez sentencia , el comerciante calcula , el fabricante almacena y el operario trabaja : la moda reproduce antiguallas ridículas , el placer realza sus delicias , y la ambicion dilata sus deseos y esperanzas. El destino de un pueblo y la vida de un rey van á ponerse mañana en tela de juicio , y hoy se acude desaladamente á la ópera nueva , y mil bocas van gorgeando la última arieta. Esto es lo que únicamente echan de ver los que miran de paso y como jugueteando meramente las superficies ; pero el observador que sabe considerar los objetos , advierte á cada instante su transformacion progresiva. En lo íntimo del corazon se va fomentando insensiblemente un im-

pulso de terror y de esperanza , que trasciende luego á todas las ocurrencias de la vida. ¿Quantos hay que se estremecen , porque su nombre resonó , ó su firma se vió en tal ocasion , que podrá decidir de su suerte ? La lid empeñada entre las naciones y los gobiernos hace temblar al diplomático antiguo , y suspirar al jóven inexperto. La voz mágica de *libertad* , que resuena desde el Rin á los Pireneos , excita todos los impulsos , conmueve las almas , y agita á todos los individuos. Los rostros están todavía serenos , los labios aun entonan los cantares nuevos ; pero la fermentacion empieza y la opinion titubea dudosa. ¿ Vendrá á dar esta crisis al traves con la barbarie y con la ignorancia , ó con las luces y la felicidad ? Todas las pasiones se empeñarán en resolver este problema : ¿ Con quantos lloros y sangre se ha de pagar la regeneracion del mundo , que la Francia ha entablado ? Esto es lo que

está calculando quien opina sin escrúpulo, que los sacrificios de los individuos no son sino operaciones aritméticas; pero, ¿que diluvio de calamidades y delitos va á inundar á la Francia, para desarraigar los errores antiguos? Esto hace gemir al sabio sensible, que ve un hermano en cada hombre, y que aprecia mucho más que las teorías pedantescas, la sangre que cuestan, las lágrimas que hacen derramar, y el sosiego que quitan.

Esto meditaba al encaminarme hoy al Temple . . . al Temple, donde está el último eslabon de la cadena que reprime todavía el desenfreno revolucionario. La serenidad y el frio me han convidado á ir á pie, y desde el puente magnífico que lleva el nombre de Luis XVI., he estado contemplando una multitud bulliciosa de jóvenes que corrian patines. De repente, con el peso y las vueltas y revueltas de aquellos corredores imprudentes, cruxe el

hielo, se quarteá y se abre. ¡Oh dolor! he visto un sinnúmero de mancebos, el amor y la esperanza de sus familias, hundirse y desaparecer en aquella profundidad. Revolución, ¿no estás tú también cubierta con un piso brillante y al parecer muy sólido? Temblad ambiciosos, á quienes el entusiasmo ha arrojado sobre él, temblad no se abra y os sepulte.

El gozo brillaba en el semblante del rey al entrar yo en su quarto, y al cerrar la puerta, ha corrido á abrirta de la torrecilla que le sirve de gabinete, y de la qual ha salido Carlitos, á quien me ha presentado. Léjos de asustarse con mis arrugas y mis canas, aquel niño amable se ha venido á mis brazos y me ha hecho mil halagos candorosos. ¿Con que es Vm., me ha dicho con tanta reflexion como sensibilidad, con que es Vm. el encargado de defender á papá contra los malvados que lo acusan? ¡Ay! dígales

8
EL CEMENTERIO

Vm. que es un padre excelente , y que un padre tan bueno no ha podido ser un mal rey. Este dicho ha hecho bañar en lágrimas los ojos del rey , y yo no he podido contener las mias , que he dexado correr por la mano del augusto y desgraciado niño. ¿ Vos llorais , ha dicho Carlos , arrojándose á la falda del rey , y Vm. tambien , ha añadido volviéndose hácia mí , Vm. tambien llora ? ¡ Ay mi Dios ! ¿ tendré motivo para temer , y serán tan crueles que me quiten mi buen papá ? No , no... yo haré tantas plegarias á Dios á ellos , si es necesario al mismo Tison , aunque sus miradas me dan miedo Anado papá , no dexarán sin tí al pobre Carlitos — Nuestros lloros se han acrecentado , los del niño se han confundido con ellos , y hemos tardado largo rato en volver en todo nuestro acuerdo.

Luis , que ha sido el primero , me ha dicho : el desconsuelo que esto me

causa no dexa de serme grato, y bendigo estos trabajos que me demuestran el cariño de los que yo amo. — No acertariais con el arbitrio de que se han valido para entrar á Carlos. Es una invencion de Clery que ha *conspirado* con mi hermana para hacerme este regalo. Ayer se cumplieron catorce años que el cielo me hizo padre, y mi hija, que nació en un palacio y gime en una torre, ha querido enviarme un ramillete. Esta mañana he visto baxar á mi querido Carlos del quarto de su tia al mio en una banasta; lo qual me ha causado tanta extrañeza como satisfaccion. Pero á fin de no desperdiciar el corto rato que me queda para hablarle, voy á leeros en su presencia y entregarle algunos documentos, que juzgo le serán de provecho en lo venidero. Mi hijo es muy tierno, dixo sacando de la faltriquera una cartera con un quadernito de papel; pero la desgracia va anticipando la madurez

de su talento que es muy aventajado. Si hoy no le es dado comprender quanto contiene este escrito, á lo ménos irá recordando todos los instantes de su vida, que baxo las bóvedas de este triste aposento, su padre le dió estando preso estas últimas y verdaderas muestras de su cariño, en presencia del hombre mas respetable y del amigo mas sincero. (Me sonrojaría de copiar un elogio que no merezco mas que á medias, si no fuese todavía mas honroso para su autor que para el favorecido.)

Este es el escrito que S. M. me permitió copiar:

ULTIMOS CONSEJOS A MI HIJO

LUIS CARLOS.

(Documentos justificativos, núm. 16.)

„ Por mi exemplo estás viendo, amado hijo, quan vanas y perecede-

ras son las grandezas de este mundo. He nacido en el solio , he sido soberano , y despues de penar en un calabozo , estoy sin duda destinado á morir en un cadalso. Mi familia y quantos tenian algunos vínculos que los enlazasen conmigo , han experimentado iguales desastres. Tú mismo , hijo mio , que eras el hijo querido y feliz del primer rey de la Europa , estás aquí en los grillos del cautiverio , condenado á las humillaciones y los menosprecios. Así esta gran desventura te enseñe á tener en poco el poderío y la opulencia , y á no apreciar sino la bondad del corazon , la rectitud del juicio y la moderacion en la conducta , virtudes todas que forman la felicidad en la tierra y abren luego las puertas del cielo.

Ignoro la suerte que te ha de caber ; pero si los decretos de la providencia y los deseos de la nacion restablecen á favor del hijo el trono der-

ribado con el padre, no te resistas á ocuparlo. Esto es una desgracia y una carga; mas debes atender ante todo al bien general de la patria. No renueves la memoria de mis infortunios, mas que para dispensar el perdón que concedo á los que se han hecho mis enemigos, pues seria oponerse á mis intenciones y á mi voluntad, emplear tu poder en exercitar la venganza. Solo Dios conoce los corazones, y quizá los autores de mis males han creído servir por este medio á su país; á mas de que debes respetar en ellos los instrumentos, de que la providencia ha querido valerse para castigarme.

Al recomendarte la clemencia, hijo mio, no es mi ánimo inclinarte á la debilidad. Haz que se afiance tu gerarquía y tu poder con una autoridad firme é incontrastable, pues el envilecimiento ha sido el principio de mi asesinato. Un reino tiene las riquezas dentro de sí mismo: con que en él

hay que buscarlas , protegiendo , fomentando y recompensando la agricultura. El comercio tiene tambien derecho á los desvelos del gobierno ; mas este ramo no debe ser el primero. Haz todos los esfuerzos por desarraigat la mendiguez : los clamores de un pobre acusan y deben desconsolar á un rey mucho mas , de lo que pueden engrairle las cantinelas de cien mil afortunados.

Pon en tu madre y en tu tia una confianza sin tasa. La primera lo merece por su carácter , la segunda por su apacibilidad , y entrambas por el afecto que me profesan , por la ternura que te muestran , y por las amarguras que han padecido.

Suple por otra parte las advertencias que no alcanzo á darte con las de M. de Malesherbes , quien despues de haberse dedicado á mi defensa , empleará sus virtudes en dirigir tu conducta.

Tambien doy por supuesto y quiero (lo que en verdad es mas verosímil en el estado actual de cosas) que seas educado, tratado y considerado como un simple particular; pues las prendas adquiridas y las virtudes te han de distinguir siempre, para que aun quando no lleves la corona, hagas que te miren todos como acreedor á ella. Bien permanezcas en Francia, ó fuera de ella, este es el concepto á que debes aspirar, y el modo con que deben juzgarte.

En quanto á tu vida privada, la apacibilidad guiará todos tus pasos, así como la humanidad dirigirá los de tu conducta pública. No puedes figurarte quantas enemistades acarrear las desazones domésticas; pero fuera de este motivo, ¿no es de eterna justicia el aliviar la especie de esclavitud, que la necesidad impone á tantos desgraciados dependientes?

Haz ademas todas tus acciones con

un espíritu de justicia piadosa , que sepa hermanar la gloria del cielo con los intereses de los hombres. Debes ser apacible sin debilidad , religioso sin superstición , justiciero sin crueldad , rey sin despotismo , ó vasallo sin baxeza y sin disgusto.

¡Dios mio ! mira con ojos propicios este niño querido y desdichado : tú has tenido á bien fortalecer su corazon con los embates de la desventura , y ¡ojala salga de esta morada penetrado del amor de la sabiduría y del anhelo por el bien ! Dignaos, Dios mio , no desampararle en el piélagos de amarguras donde lo han engolfado las circunstancias , para que así encuentre nuevos motivos de ejercitar la virtud , y nuevos apoyos para alcanzar la recompensa celestial.

A Dios , mi amado hijo , mi amado y tierno Carlos , á Dios ; acuérdate alguna vez de tu pobre padre , cuyo martirio estás mitigando con tu cariño.

Así seas tan feliz quanto yo desdichado ; este es el voto incesante , este es el último deseo de tu tierno padre.

En la torre del Temple , á 13
de diciembre de 1792.

Firmado , Luis."

Esta lectura ha sido no una vez sola interrumpida con los sollozos del príncipe , que se ha recostado sobre las rodillas de su padre , cuya mano ha bañado con lágrimas inocentes. En quanto al rey , conceptúo que su entereza va en aumento , al paso que el peligro le acosa. Su inocencia por una parte, y por otra su resignacion á la providencia son el fundamento de este valor extraordinario.

He comunicado á S. M. lo que habia oido en la junta de los Embaxadores , y le he manifestado mi descontento. Nada extraño yo , me ha res-

pondido el rey ; pero vuestro esmero y vuestra amistad me enternecen y me alivian : continuad en favorecerme , y moriré con ménos amargura.

Me han leído tres cartas , cuyo portador habia sido su Carlitos. La primera es de la reyna , y contiene , con encargos y exhortaciones á la entereza ; motivos (ó á lo ménos los gradúa de tales) de fundadas esperanzas. La segunda , escrita por madama Isabel , encierra ménos lamentos y mas consuelos ; y la de la infanta , que es la tercera , expresa la ternura y el amor filial. Acompaña al billete de Antonietta una nota , que informa al rey del modo con que tratan á las princesas. No están ménos duros con ellas que con el padre , pues acaban de negarles las agujas y las tijeras , que quiere decir , los medios de minorar el tedio de tan largas horas de martirio. Madama Isabel habia hecho un bordado alegórico para la antigua duquesa

de Serent, su amiga, y los comisarios lo han confiscado, pretextando que encierra una correspondencia misteriosa. — Esta extremada y mezquina tiranía me levanta el pecho de vergüenza y de indignacion. ¡Quan bochornoso es el tener que alternar con entes, capaces de tan viles y criminales atentados, en las qualidades y el título de hombre! Pero este título es todavía glorioso, supuesto que Luis lo realza.

La presencia del príncipe, cuya ternura hechicera hace olvidar al rey el desconsuelo de su situacion, ha suspendido nuestra tarea, pues ya que le escasean tanto sus caricias, hubiera sido, en mi entender, una barbarie defraudárselas, y yo mismo no he podido ménos de distraerme algunas veces.

DIA 21 HASTA EL 26.

M. Tronchet, Deseze y yo nos

hemos dedicado solos al escrutinio, al exâmen y confrontacion de las piezas de los autos, y á las contestaciones correspondientes. El 24 por la tarde, M. Deseze, que ha formado una oracion de quanto hemos encontrado mas favorable á la causa de S. M. le ha leído su obra en presencia nuestra. El rey se ha mostrado muy satisfecho; mas yo no lo estoy tanto. Esta defensa me parece mas verbosa que eloqüente, en extremo metódica y sin fuego, y falta de aquellos rasgos impetuosos y patéticos, que hacen en el alma una impresion extraordinaria, no la dexan volver sobre sí para enterarse de lo que le pasa, y llegan con esto á convencerla. Jamas hubo causa con mejor campo; pero el orador que no dexa de tener agudeza, carece de vigor, está frio quando debe estar acalorado, y tibio quando debiera abrazar. El corazon, entrañable y poderosamente conmovido, acalora al enten-

dimiento, y así lo experimenta el mio en la presente ocasion. ¿Porque no tendré veinte años ménos? Nunca he atesorado el don raro y sublime de la eloqüencia; pero este lance me lo hubiera facilitado. Yo hubiera querido inspirar la sorpresa, el asombro, la compasion y la sensibilidad al corazón de los jueces, y hacer que los atormentasen amargamente la desesperacion y el remordimiento: hubiera querido arrancar de sus ojos arroyos de lágrimas. No se hubiera concluido mi discurso, sin que se proclamasen á una voz la inocencia y la libertad del rey. Vergniaud, ¿porque te separan tu opinion y tu empleo de la sala nacional, en donde tu voz resonando de extremo á extremo, hubiera hecho temblar á los conspiradores? O Lally — Tolendal, ¿porque la desventura de los tiempos y la distancia de los sirios, no te permiten pronunciar tu arenga tan afectuosa, quadro pœtico y ani-

modo de las virtudes de Luis, en comparacion de la qual el informe de Deseze no es mas que un bosquejo medio borrado?

DIA 26 POR LA TARDE.

El abate de Fermont ha estado en casa al amanecer, para comunicarme una nueva idea de su alumno, sobre cuyo logro la experiencia, me ha dicho, me ha enseñado á no tener la mayor confianza. Se trataba de dispersar de tal modo la comitiva de Luis XVI. en su segundo tránsito del Temple á la asamblea, que al desembocar por una de las calles solitarias, cercanas al baluarte por donde habia de pasar, se pudiese cercar el coche, hacer salir al rey, y meterlo en una casa que tiene puerta por la espalda, que es la de un jardin de emparrados; para que por ella pudiese escapar disfrazado.

Lord Fitz Asland que ha venido á Paris inquieto por la suerte de su hijo, por cuyo regreso estaba clamando en balde hacia tres meses, aprobaba el proyecto y cooperaba á su execucion.

Se ha hecho en efecto la tentativa: sea por los desvelos del abate de Fermont, ó por los de su alumno y de miss Fanny, los varios gefes del partido de Toulan estaban reunidos y acordes. Colocados en varias divisiones que formaban la escolta, han ido haciendo varios altos y demoras en la marcha, hasta que dada la señal se han desordenado totalmente. La ocasion era oportuna, y los caudillos de la empresa han acudido y cercado con prontitud el coche del rey, á quien Edwino ha expuesto brevemente los medios el obgeto y la necesidad urgente del intento. Pero Luis no estaba noticioso de antemano, y ha rehusado con bastante despego los servi-

cios con que le brindaban : lo que por una parte ha desanimado á la cuadrilla de Edwino , y por otra ha dado tiempo á uno de los comisarios que iban con el rey , para que baxase y diese aviso al comandante. El alumno del abate de Fermont ha repetido sus instancias al rey , y ha hablado con mucho empeño y eficacia al síndico Chaumette , que iba tambien en el coche , el qual se mostraba muy apurado. Todo esto ha dado mas lugar del que se necesitaba para consumir la obra ; pero por mas que han pedido , rogado , instado y apremiado á Luis encarecidamente , se ha empeñado en desechar la ocasion mas oportuna , mas imprevista y en fin la única , para afianzar su libertad , su vida y quizas una suerte afortunada. Entretanto por el aviso del municipal , el general ha enviado sus ayudantes para reunir la tropa dispersa , y al mismo tiempo ha hecho asestar dos ca-

ñones contra el coche, dos á cada lado del baluarte, y dos á la emboadura de la calle, por donde habian salido los conspiradores realistas. Estos, convencidos de la imposibilidad de ser de provecho al monarca contra su voluntad, han cejado en orden y separádose al momento, para ponerse en salvo de las pesquisas de una policia justamente sobresaltada. El acompañamiento ha vuelto á formarse y tomar el camino de la convencion, miéntras el rey se congratulaba de haber manifestado una generosidad, laudable en sí, pero intempestiva, quando se trataba de arrebatar la inocencia de manos de la iniquidad.

La convencion ha oido á Luis con sosiego é interés, y Deseze ha sido escuchado con silencio. He visto el momento en que los mas de los representantes, olvidando su fanatismo revolucionario, ó los juramentos que los encadenan á la faccion regicida, iban

á obedecer al impulso de su interior. Algunas palmadas de aplauso parece que habian dado la señal; pero los ademanes amenazadores y miradas sangurientas del partido enemigo, han rechazado por medio del terror el acento de la persuasion y la manifestacion de la verdad.

Un libro curioso se pudiera componer si se apuntasen todos los afectos y pensamientos, que ha excitado el discurso en el auditorio. Si ochenta años de vida y un estudio constante del corazon humano me han dado algun voto en sus funciones intelectuales, estoy cierto de que la vanidad era la que mas dominaba en casi todos los individuos. „El que fué el mas grande de los grandes, está ahora á mis plantas; su cabeza hollada por mí con insulto puede caer á mi albedrio; puedo decir á este hombre: reyna, y reynará; muere, y morirá. ¡Quan débil es! ¡quan poderoso soy yo! ¡Fe-

liz siglo este en que se destronan los reyes para ir á tomar su asiento ! „Esta viene á ser la traduccion literal de las arengas patrióticamente hinchadas, del silencio orgulloso , de los clamores sanguinarios y de los arrebatos ambiciosos. ¡ Humanidad ! ¡ patria ! ¡ ídolos de las grandes almas ! vuestros nombres sagrados han sido invocados por la soberbia todavía mas que por la crueldad ; vuestras imágenes reverenciadas han recibido el incienso de los que ansiaban apropiárselo ; y el amor propio de un farsante , lastimado por los silvidos , se ha vengado con asesinatos.

Tras la peroracion de Deseze , Luis ha dirigido á la asamblea un discurso breve y patético , el qual me ha conmovido mas , sea por ilusion ó con fundamento , que la larga arenga del orador. Miéntras la pronunciaba , me he puesto á observar á algunos de los principales miembros de la asamblea , y en especial los del lado izquierdo. Marat

se agitaba como acostumbraba ; Billaud — Varenes con el puño en la mejilla estaba como adormecido ; Robespierre cárdeno y enagenado miraba sin ver ; Orleans exâminaba alternativamente con su antejo al reo , al defensor, á algunos diputados de la derecha , y al jóven Montpensier , que estaba en una tribuna. Vergniaud , y en general todos los del partido que llaman de *la Gironda* se mostraban pensativos , meditabundos y afligidos ; me pareció que veia asomar lágrimas en los ojos de Manuel y de Kersaint. En quanto á las tribunas , aunque llenas de aspectos atroces ó extraños , la magestad de aquella sesion ostentosa las dominaba con tanto imperio , que no han hecho la mas leve demonstracion de desagrado. — El regreso del reo ha sido muy tranquilo.

DIA 27.

La serenidad resplandece en el sem-

blante de Luis, qual si fuera la corona de su predestinacion. Los devotos lo invocarán como bienaventurado, los filósofos lo apreciarán como sabio, y el pueblo lo admirará como héroe. Ya muchos de sus guardas, desentendiéndose del mandato de despreciarle, han ido á pedirle prendas de su memoria. Vicente, empleado municipal, que ha sabido hermanar la severidad de su cargo con los miramientos debidos á todo desgraciado, ha recibido del rey la corbata que llevaba el 10 de agosto. ¡Quantos recuerdos ofrece aquel sencillo y frágil monumento!

Luis ha sabido por este comisario, que Toulan ha comunicado desde el rincon del calabozo á sus secuaces la esperanza que le animaba. Por no sé que trama favorable al rey, en lugar del municipal encarcelado acaban de nombrar á *Michonis*, considerado por su enemigo; pero que tiene sus mismos sentimientos y sabe sus intenciones.

La primera conversacion que ha tenido con la reyna ha reanimado su esperanza, y ha noticiado á toda priesa al rey las particularidades mas satisfactorias.

Ayer se celebró otra junta de Embajadores en casa del de España, que es el caballero Ocariz. Dumouriez se ha hallado, y sin hablar de sus pensamientos para mas adelante, ha leído una proclama á su ejército contra el proceso y á favor del reo. Es lástima que los treinta mil firmantes de esta pieza no estén acampados junto á Paris, pues amenazando desde tan larga distancia se hacen poco de temer. Si el general publicase el voto de una reunion armada seria depuesto y quizá arrestado; rezelo que manifestó Lebrun, ministro de negocios extranjeros, que asistió al congreso.

El caballero Ocariz ha comunicado á la junta un oficio que pasa al consejo ejecutivo, y que se pondrá

á la vista de la convencion. Por el conducto de su encargado de negocios S. M. católica promete al gobierno francés conservar en la guerra que se está preparando, una neutralidad absoluta, con tal que se le asegure la existencia y la libertad del rey su primo. En este pliego, cuyo contenido está ideado con acierto y desempeñado con el mayor decoro, me ha parecido notable esta cláusula: „Si las mudanzas en las instituciones políticas exôneran á un pais del antiguo acatamiento tributado á sus reyes, ninguna revolucion alcanzará jamás á libertar las almas nobles del respeto debido al dolor y á la desventura.”

He sabido hoy que este oficio se ha pasado á la convencion, en donde ha suscitado grandes debates, que han parado en adoptar todos el órden del dia.

FIN DE DICIEMBRE Y
PRINCIPIO DE ENERO.

Sería difícil el pintar con sus rasgos verdaderos y colores naturales el quadro actual de los negocios. El aspecto del proceso varía todos los días, y aun á todas horas: la opinion, mas insubsistente que nunca, titubea y fluctua en un piélago de pareceres contradictorios. La guerra por escrito está en lo mas reñido de sus ataques; M. Necker por una parte y Robespierre por otra se contrastan con denuedo. Hay momentos en que el esfuerzo de los realistas se inflama; pero el de los populares es mas constante. Los republicanos, que se recelan igualmente de unos y de otros, parece que están de mirones en la lid, en la qual no se empeñan, calculando los golpes y recordando los buenos principios. ¿Pero como los han de

invocar con buen éxito, quando ellos mismos han dado el exemplo de su violacion?

Estoy recibiendo cartas de toda especie de personajes y de todos los paises, relativas al proceso del rey. Una me han entregado esta mañana de M. Bertrand ex — ministro de marina y refugiado en Londres, y entre varios recursos que me indica para servir al rey, el de conferenciar con Danton, á quien tiene ya prevenido, me ha causado mucha extrañeza. Por mas que me repugne el avisarme con este hombre tan célebre, me venceré y le veré.

Salgo de su casa, hemos hablado largo rato, y me parece que está muy distante á todas luces de corresponder á su reputacion. Si no me engaño, en su carácter, propenso á la indolencia, ni caben grandes virtudes ni grandes delitos, y si su nombre suena en la época mas horrorosa de la revolucion

es porque le ha faltado brio para desentenderse de sus incitadores. Lo mas terrible en él es su estatura agigantada , y lo mas feroz sus razonamientos. A mi parecer , no ve él en los vaivenes revolucionarios sino unas especulaciones de cambio , poco distintas de las de la lonja , y su objeto principal es siempre hacerse comprar , de modo que todas sus acaloradas declamaciones se pueden interpretar así: ¿ Quien me compra ?

Me ha sido sumamente trabajoso el entrar en semejante negociacion , y el único resultado que me ha cabido es, que este personaje y algunos otros no asistan á la votada. Sin embargo se me hace imposible el allanar la ausencia de Robespierre , de Marat , de Barriere y de Orleans , cuyo influxo es formidable.

Chaumette , que no se precia menos de literato que de filósofo , ha consentido , en atencion á ambos dictados,

en que M. de Penthièvre enviase uno de sus gentileshombres , á cumplimentar al reo y ofrecerle sus buenos deseos á falta de sus servicios , con tal que el apreciable autor del *Numa*, M. de Florian , fuese el escogido para esta embaxada afectuosa. Este escritor agradable la ha desempeñado con tanto decoro como sensibilidad , y Luis ha mostrado verle con entrañable satisfaccion , hablándole de sus obras, como hombre que las ha leído con aprovechamiento. Mal se parece esta lóbrega torre , le ha dicho , á las vegas floridas de Rio —hermoso , y si os diese todavía la humorada de pintar un quadro pastoril , en verdad que no echariais mano de los matices que os ofrece el siglo presente. Señor , ha respondido Florian , ya no hay que halagar los oidos franceses con el eco del caramillo , sino que es forzoso aterrarlos con la relacion de las atrocidades que están asolando mi patria.

¿Por qué no dexan que me ocupe libremente en el noble ejercicio de las letras? Mi pluma, antes festiva, no iria vagando ya por ficciones; sino que me armaría con el buril penetrante de la historia, á fin de gravar para la posteridad el retrato de los verdugos y de las víctimas. Pero una esperanza me queda y me consuela, y es, que tras esta tempestad que arroja sobre la Francia un turbion de sangre, amanecerá un dia despejado para presenciar el suplicio del delito y el triunfo de la virtud. Entónces que la verdad, apadrinando los talentos, protegerá las almas independientes, podrán los Tacitos venideros internarse por los corazones de los malvados, para retratar al vivo su horrible y sangrienta imagen. Esta correrá de siglo en siglo, acompañada de las imprecaciones de nuestros últimos nietos, los quales repetirán estremecidos estos nombres odiosos, y aclamarán llorando á los már-

tires de la verdadera libertad.

DIA 14 DE ENERO.

Zozobras y esperanzas me asaltan á un tiempo , pues todo se da la mano para fomentar las unas y las otras. La convencion , parecida á un lagar , donde fermentan y hierven cien elementos encontrados , no presenta mas que movimientos convulsivos y destructores. Satélites armados de puñales van y vienen por el recinto de sus sesiones ; corrillos de conspiradores , de haraganes y de curiosos inundan las Tullerías ; mugeres que han escapado del encierro , donde la sociedad castiga los delitos y el desenfreno , premian á los alborotadores y asesinos con sus asquerosos agasajos ; los cafés , los teatros , todos los parages públicos son palestras , donde las opiniones mas opuestas se profesan con ahinco , se sostienen con acaloramiento , y paran en

debates teñidos con sangre. La avilantez de los revolucionarios va en aumento de hora en hora, al paso que el denuedo de los amigos del rey se acrecienta: no parece sino que cada partido solo espera el éxito del gran negocio que le agita, para romper las hostilidades y travar la refriega. ¡Oh Dios! aleja de mi patria los males que la amenazan, y si ha de correr sangre, que se derrame la mia, y se conserve la de los inocentes.

En medio de este gran caos de elementos revueltos, entre tantas pasiones desenfrenadas, y asaltado por la tempestad que está bramando á su redor, Luis XVI. sosegado, parece que no tiene la menor zozobra acerca de su destino. El de su país y de su familia anublan de quando en quando su semblante sereno; pero su virtud habitual, y su resignacion y abandono en manos de la providencia lo despejan al momento. En él se repre-

senta al vivo aquel grande estoico, á quien describe Horacio diciendo, que vé sin inmutarse al universo conmovido venirse abaxo, y se mantiene en pie en medio de sus ruinas.

El rey acaba de recibir de su esposa la carta siguiente, que léjos de mitigar aumenta su desconsuelo.

CARTA DE LA REYNA

A LUIS XVI.

(Documentos justificativos, núm. 17.)

„SEÑOR:

Aunque nunca condescendeis á los deseos de los que se sacrifican por serviros, el interes de vuestra vida, que en su consideracion prepondera á todo, los obliga á una nueva tentativa. No se trata de arrebatarlos en triunfo de este sitio horroroso para restablecernos en el trono; el tiempo y

las desgracias han borrado , ó anublado á lo ménos , esta brillante perspectiva. Se trata hoy de nuestra libertad , y no dexa de ser en mi concepto un bien bastante apreciable , para que no titubeeis en sacrificarle esa repugnancia , que mostrais en recobrarla á todo trance. Si se necesitasen otros motivos para decidiros , os haria presente el cariño de vuestra esposa , el heroismo de vuestra hermana , la ternura de vuestros hijos , nuestras penas en fin , y las humillaciones , que son las que mas nos atormentan. ¿No tendriais á bien corresponder á estas finezas y sacrificios con algun tanto de condescendencia?

No puedo hablar mas claro , y sin embargo en breve creo tendreis ménos motivo para dudar ; pero sean quales fuerean los acontecimientos , por mas urgente que parezca el peligro , no hay que perder la esperanza. Aunque estuvieseis , (me estremezco al escribir-

lo) aunque estuviérais al pie del caldoso, sabed que vuestros amigos están allí prontos á morir para que no murais vos. Pensad, Señor, en ayudarles en sus designios."

He aquí, me ha dicho Luis, mientras yo estaba copiando esta carta, he aquí un recado y unas advertencias que me trastornan. La idea de conjuración me descompone, y no puedo ménos de temer sus accesorios y sus resultados. Sangre derramada, hombres moribundos la guerra civil encendida todo esto me asusta y me inquieta. Sin embargo mi consorte gime, mi familia insta, y todos padecen por mi causa ah, no puedo ménos de ceder por ellos.

DIA 15. POR LA MAÑANA.

Los vocales han sido llamados á votar cada uno de por sí sobre esta pregunta : *¿ Luis es culpable?*

Se representaba ayer en el teatro frances una pieza intitulada: *El amigo de las leyes*, que está llena de alusiones á la tiranía del partido popular y á la opresion del rey; y los retratos de Robespierre y de Marat horrorizan de puro parecidos. Todos se atropellan tras este espectáculo, que es ya un negocio de estado, al mismo tiempo que los arrabales andan alborotados con el extremo contrario, y piden á voces la cabeza de Luis, á quien atribuyen las calamidades públicas. ¡Quan expuesto es el hacer papel en una revolución!

Terminada la votacion nominal, Luis ha sido declarado *CULPABLE con todos los votos*. Tiemblo al escribir estas palabras, pues no faltan en la convencion sugetos que hermanan un entendimiento ilustrado con un corazon generoso y sensible. ¿Como pues han podido hallar *culpable* al que yo tenia y tengo todavía por *inocente*? Sin

duda han opinado solo por los resultados , y no han podido internarse como yo en el corazon del reo , y leer en él las intenciones mas laudables.

DIA 15 POR LA TARDE.

Esta mañana me quedaba la esperanza , ó por mejor decir, tenia certeza de que el rey no seria declarado delinqüente , y que si la convencion juzgaba á propósito el mantenerle en su arresto , ó decretar su destierro , no podia ser mas que por conservar la quietud pública ; y que no llegaria á apurarse una cuestión , que no debia decidirse así por decoro como por política. Mis cálculos han salido errados y mi esperanza se ha desvanecido. Habia concebido otra en la *Apelacion al pueblo* , arbitrio mañoso , inventado por la Gironda para libertar al rey del cadalso , y ponerse en salvo de los

puñales de Orleans. La honradez es-
forzada no procede en estos términos,
lo se muy bien ; pero ¿ son muchos los
hombres resueltos á obrar bien , quan-
do una puñalada es su recompensa ?
El paradero de las cosas por otra
parte es ya tal , que es forzoso agra-
decer á muchos el mal que no ha-
cen. En fin la apelacion al pueblo
conservaba la vida al rey y volvia por
su honor , si acaso el honor , no di-
go de un rey , sino de un hombre,
puede comprometerse , quando no tie-
ne por jueces sino las pasiones acusa-
doras y enemigas. Acaban de quitar á
la causa y á la suerte del rey este
último recurso , pues la apelacion al
pueblo ha sido desechada. La historia
tendrá que exâminar , si los votos han
sido libres , y si cada vocal ha proce-
dido con arreglo á su íntimo conven-
cimiento ; ó si pronunciados en pre-
sencia de Orleans que amenaza y del ja-
cobínismo que murmulla , han sido efec-

to de la seducción ó del miedo. Como quiera , si sucediese que el rey no quedase condenado mas que al aresto ó al destierro , era preciso , consultando con los principios y con la legislación de hoy dia , mirar esta sentencia como una gracia , puesto que de la solucion afirmativa de la primera question se sigue necesariamente, el que sea castigado con la pena capital,

DIA 16 y 17.

Están deliberando sobre la vida de Luis. Por mas que me digo á mí mismo , que no es mas que un hombre, en este momento terrible , en que se pronuncia si ha de quedar ó no en la lista de los vivos , no se puede apartar de mí el recuerdo de su grandeza pasada. Por una ilusion , propia del corazon y totalmente agena del discurso , se me figura que la naturaleza se sobresalta , que el cielo se en-

tolda , y que el sol cubre de luto sus tristes resplandores. No encuentro por las calles sino rostros pálidos , silenciosos y despavoridos : y al entrar en la convencion , donde se está decidiendo la suerte del hombre que fué rey, veo en medio de los diez órdenes de jueces á la muerte , que con pluma ensangrentada va anotando sus pareceres. ¡Que horroroso silencio ! solo la interrumpen aquellas palabras fúnebres, que desde la tribuna resuenan alternativamente y se extienden hasta el extremo de la sala : *El arresto, el destierro, la muerte* LA MUERTE ¡Oh maldad suma ! ¡oh ceguedad inaudita ! he oido este grito de boca de un pariente de Luis , de boca de Orleans. Un murmullo de pavor ha corrido de fila en fila , y subiendo hasta quien lo causaba ha debido convencerle , de que el cetro á que aspira , acaba de romperse para siempre. No , Felipe : la Francia no hincará la

rodilla ante quien se ha mancillado con la sangre de su rey ; teme , que en lugar de un trono te levante un cadalso , y que tu sangre quede condenada á lavar el borron de la de Luis.

LA MUERTE esta palabra terrible ha traspasado mis oidos y mi corazon , *trescientas y ochenta y siete veces*. ¿Con que está echada la suerte , y Luis ha de morir ?

Hoy 17 en la madrugada me he presentado en la torre del Temple, donde he tenido que sugetarme á un registro de alguaciles , y con este motivo he sabido , que las precauciones para el resguardo del preso se habian hecho mas rigurosas desde ayer. Clery, que me ha introducido en el quarto del rey , me ha dicho , que estaba leyendo la historia de Carlos 1.º , á fin sin duda de encontrar en los instantes postreros de aquel príncipe , con quien tiene tanta semejanza , un modelo á quien imitar en su conducta.

No bien he entrado , quando las lágrimas han anublado mis ojos , y he sentido correr por mis venas y rodillas un frio temblor. Me he arrojado á los pies del monarca desventurado , á quien esta accion ha revelado su sentencia; pero no por esto ha mostrado susto ni extrañeza. Tras un breve silencio , ha levantado al cielo sus ojos y sus manos , y ha exclamado suspirando: querida esposa , hijos mios , ¿què va á ser de vosotros? mas luego desentendiéndose del por menor de su sentencia, se ha ocupado solo de mí y de mi pena : no parecia sino que él era el consolador y yo el sentenciado.

En aquel punto Michonis , empleado municipal , con pretexto de informar al rey de un pequeño incendio, que se habia visto la noche anterior en el palacio del Temple , entró para darle mil consuelos y esperanzas. Luis se lo agradeció ; pero en tono que me hizo ver que ninguna le quedaba. Pa-

ra mi muger , dixo , para mi familia y sobre todo para mi pobre hijo, pido yo vuestros desvelos. El municipal se retiró traspasado de quebranto.

Por mas desesperanzado que yo estuviese , no pudiendo avenirme á ver morir al rey en un cadalso , le hablé de la prorogacion , como de una tabla que le quedaba en medio del naufragio. Luis se me sonrió con agrado , y me dixo : sois ingenioso para engañaros á vos mismo , y para darme alguna ilusion ; tengo mucha confianza en vos , M. de Malesherbes ; permitidme sin embargo que no la tenga en vuestras predicciones. Las sacais del fondo de vuestros deseos ; pero los proyectos de los ambiciosos tienen otros fundamentos mas sólidos y seguros.

DIA 18.

Un nuevo acuerdo de la casa de ayuntamiento quita al preso el consue-

lo de recibir á nadie, y así me he presentado en vano quatro veces á la puerta del Temple. Este desventurado príncipe queda solo con su conciencia, y anticipadamente en presencia de Dios. ¡Providencia eterna, religion santa, mitigad sus últimos momentos!

DIA 19.

Los tristes presentimientos del rey se han realizado, pues ha salido negada la solicitud de prorogar la causa, y la pena de muerte debe executarse dentro de 24 horas. Los amigos del rey están como anonadados: el abate de Fermont ha estado en mi casa, sin expresar mas que con sollozos el horror y el quebranto que le traspasan el alma. Milord Fitz-Asland y su hijo quisieran todavía renovar la trama inutilizada por la debilidad de Luis; pero ¿que harán sino expo-

nerse sin provecho y perderse sin salvarle?

Despues que se expidió el decreto de muerte contra Luis, mis compañeros, los defensores y yo nos hemos presentado en la convencion, para lidiar con ella sobre los restos de vida del monarca condenado. Deseze ha entrado entregando al presidente la *apelacion*, que presenta a la nacion, del juicio de los representantes; luego arengando con mucho brio y enardecimiento ha demostrado, que aplicando al reo la última disposicion del código penal, que es la sentencia de muerte, no se habia contado con la parte mas esencial para su justificacion, que es la obligacion estrecha é indispensable de reunir las tres cuartas partes de los votos para decretar semejante sentencia. Un largo debate se ha suscitado sobre este punto entre Tronchet, que ha desentrañado metodicamente el principio que Dese-

ze habia expuesto en sus rasgos oratorios, y Merlin de Douay, que se ha encargado de refutar á Tronchet, Guadet que parecia de la misma opinion, Barrere que le ha respondido, y Robespierre que le ha redargüido con personalidades. *III*

He querido decir algunas palabras; pero no han correspondido á mi zelo el talento y la eloqüencia: me he visto sobrecogido de la turbacion y del dolor.

El síndico Chaumette ha presentado al consejo general un acuerdo, digno de una magistratura de Caribes; se ha decretado que hubiese iluminaciones *en demostracion de regocijo*. ¡Pueblo desventurado, en que exceso de depravacion te encenagan tus tiranos! Ensangriéntate en tu rey, puesto que al cabo te dicen que es culpable y que debe espirar; ensangriéntate en él, mas no le insultes. Bien se guardan de decirte, que la

verdadera justicia es la que impone el castigo apartando los ojos, y que quando se entretiene con los dolores que causa y está mirando á la víctima, ya pasa á ser venganza.

DIA 20.

Aquí acaba mi dolorosa tarea y empieza la del abate de Fermont. Su pluma verídica va á continuar y concluir este diario lastimero, cuyas páginas seran pábulo de la ansiosa curiosidad, y sobre las cuales el arrepentimiento y la piedad llorarán amargamente, clamando hasta los últimos siglos á favor de Luis XVI. y contra sus matadores.

CONTINUACION DE LOS APUN-
TAMIENTOS POR EL ABATE DE
FERMONT.

EL MISMO DIA A LAS QUATRO DE
LA TARDE.

El resultado espantoso del dia 16 habia en cierto modo imposibilitado mis facultades intelectuales, y mi entendimiento ofuscado no podia arreglar, ni aun producir idea alguna. Tenia el espíritu como abortido entre visiones, y mi corazon habia recibido un golpe tan recio, que habia quedado casi insensible.

En vano los extremos cariñosos del lord Fitz-Asland y de su hijo, y el quadro de una familia feliz (pues mistress Melwood ha encontrado en su amante, antes infiel, un esposo que la adora) se reunian con las gracias de la amable Fanny, para despejar la

lobreguez horrorosa de mi alma, que no podia desentenderse de las imágenes que la asaltaban. A todas horas oia alaridos lamentables, solo pensaba en mortandades, y no veía sino el cádaver del rey atrozamente desfigurado, y nadando en arroyos de su propia sangre, entre los restos dispersos de su potestad atropellada.

En esta agitacion me hallaba, quando entró Fitz-Asland con su hijo en mi quarto, como á las nueve de la mañana, y despues de haberme demostrado la parte que les cabia en mis penas: no estamos todavía desahuciados, me dice Edwino, pues en medio de los contratiempos anteriores y de las congojas de ahora, traemos un proyecto entre manos. Sabemos por buen conducto, que os van á enviar al Temple para asistir al rey en sus últimos instantes; con que á vos corresponde el proporcionar y afianzar el buen éxito de nuestra empre-

sa, en la qual, no estais ménos interesado que nosotros. Persuadid pues al rey que se ponga en nuestras manos, que descuide acerca de nuestras disposiciones, y que no escrupulize sobre lo que le pedimos. Su vida está pendiente de nuestro desempeño, y le salimos fiadores de ella, si en este extremo desecha unas delicadezas intempestivas, y que se equivocan con la pusilanimidad.

El padre de mi alumno me manifestó el plan, con que esperaba arrebatar al monarca del suplicio. Sin aprobarlo en todas sus partes juzgué, que en la crisis actual ninguna tentativa podia empeorar el mal, y acaso se lograría disminuirlo.

DIA 21.

Ya no existe... el heredero de sesenta y cinco monarcas, el rey de Francia acaba de espirar en un cadal-

so. Voy á coordinar lo mejor que pueda mis ideas , y formar la relacion de sus últimos momentos.

Ayer 20, como á las tres y media , me hallé con una órden del consejo ejecutivo , residente en el palacio de las Tullerías , para presentarme inmediatamente ; á la qual obedecí , y á las quatro en punto me abrieron la sala de audiencia.

Se descubria una consternacion dolorosa en el semblante de los ministros , que guardaban un silencio profundo. El de la justicia , Garat , que presidia , se volvió á mí y me dixo: aquí hay una esquila de mano de Luis Capeto , con las señas de vuestro nombre y casa. El consejo supone que tendréis á bien el pasar al Temple: ¿estais en ese ánimo?—Desde luego puede el consejo darlo por sentado, respondí , tomando la esquila , que por la letra conocí era de madama Isabel ; hay momentos en que los de-

seos de un desdichado son mandatos, y así estoy pronto. — Muy bien, dijo Garat, la obligacion del consejo es executar la ley, por mas rigurosa que sea; pero su intencion y aun sus derechos le inclinan á mitigarla.

Subimos en el coche, y el ministro que iba á notificar al rey el momento de la execucion, no interrumpió por el camino nuestro silencio sino con suspiros y con esta exclamacion: ¡que encargo tan cruel, gran Dios!

Llegados al Temple, que estaba todo cercado de tropas, nos introduxéron en la sala del consejo, cuyos miembros habian en gran parte acompañado al ministro. Me quedé solo con la demas gente, y como debia estar temeroso de que se hallase entre ellos alguno, delante de quien habia yo comparecido como cirujano, temblaba, en particular de poderme en contrar con el boticario municipal.

Por fortuna no estaba, y aunque conocí entre los demas algunos rostros, no tuviéron presente el mio; gracias sin duda á la mutacion de traje. Fuera de esto, no hubo pesquisa que no me hiciesen aguantar; exigiéron que vaciase mis falriqueras; se apoderáron de mi caja, pretextando que el tabaco podia estar envenenado; se quedáron con mi navaja, porque podia el rey quitarse con ella la vida; y registráron prolixamente mi cartera y mi lapicero, por si encerraban algun punzon. Toda esta pesquisa iba acompañada con ademanes indecentes, palabras escandalosas, y chocarrerías soeces, que insultaban á la magestad de la religion de que yo era ministro, y á la dignidad del desgraciado á quien iba asistir.

A las cinco y tres quartos, escoltado por tres comisarios municipales, subí al quarto del rey por una escalerilla de caracol, en cuyos rellanos

los centinelas puestos de trecho en trecho se embriagaban cantando.

Otro espectáculo me estaba esperando en el quarto de Luis. Fuera del ministro y de dos municipales, cuyos semblantes decorosos manifestaban su dolor, ó á lo ménos su compasion, los demas que cercaban al rey lo miraban con ahinco y con una sonrisa cruel; pero Luis tranquilo y sereno conversaba sosegadamente con el primero. Así que entré se retiráron todos, cerró el rey la puerta y quedamos solos.

Al pronto no pude expresarme sino con lágrimas, y bañé al ponerme á sus pies la mano de Luis, quien habiéndome levantado, me abrazó con suma ternura y me llevó á su gabinete.

Este breve trecho me proporcionó el volver sobre mí y recobrar en algun modo mi esperanza. Comunicé á su magestad la que conservaban sus

ñeles amigos, y le supliqué no pudiese por su parte ningun obstáculo. Condescendió con mi instancia; pero fué dándome á entender, que no le quedaba otro recurso efectivo que el del ser supremo.

La conversacion versó luego sobre el estado actual de las cosas, sobre la opinion pública, sobre la familia real y sobre la situacion venidera de la Francia.

Por mas terrible, dixo el rey, por mas inaudita que sea la catástrofe que se prepara, es verosímil que, léjos de ser el término de la crisis, solo sea su principio y, por decirlo así, su anuncio. Siempre he opinado, que si la revolucion daba á la Europa el espectáculo de un rey en el cadalso, era para habituarla á ver caer indistintamente quantas cabezas coartan sus proyectos. ¿Quien se ha de atrever á hablar en efecto, y que sangre habrá que clame por la venganza, quando haya

corrido la de un monarca sin excitar el menor descontento? Con que es mañana, como lo he dicho varias veces, mañana es, quando se empieza esta fúnebre carrera, que irán siguiendo todos aquellos, cuyas opiniones, virtudes, talentos ó riquezas causan algún recelo á la tiranía. ¡Agüero funesto! ¡tiempos calamitosos! ¡Quantos calabozos se verán llenos de víctimas! ¡quantos cadalsos teñidos de sangre! El cañon de los guerreros no se asentarà ya contra los enemigos de la patria, sino que irá á destrozár el pecho de sus hijos: la delacion será un deber: el asesinato una virtud: los hijos, contra todos los sentimientos de la naturaleza, proscibirán á los autores de su exístencia, y las madres arrojarán barbaramente á sus hijuelos en medio de los cuchillos: la muerte arrebatará con anticipacion la juventud sacrificada: los furores del incendio y los estragos del agua conspirarán con

el acero á destruir esta generacion ; y los rios volverán hácia su origen , asustados de los cáda-veres que se hacinarán en sus corrientes. — Yo estaba inmóvil de horror y de pasmo al oír las expresiones del rey : hasta entón-ces habia advertido en él mucho tino , grandes conocimientos , una memoria feliz , y un juicio cabal ; pero no me figuraba que atesorase los grandes me-dios de persuadir , convencer y arre-batar , que constituyen el orador. Aca-baba sin embargo de manifestarlos , bien los debiese á la naturaleza , ó bien fuese un efecto de las circunstancias.

Luego continuó con mas modera-cion : Pero estos excesos vendrán á cal-mar , tanto por el horror que causarán los pacientes , como por el cansancio de los mismos agresores : volverán en busca de la virtud , ménos por el cariño que le profesen , que por odio á los delitos. Este pueblo generoso , pero mud-ble , sensible aunque inconstante , para el qual

el homicidio habrá sido un espectáculo de moda, pedirá luego otros juegos ménos atroces: detestará y sacrificará á los que le hayan descaminado tan barbaramente, y quizá tambien, y esta esperanza templa la amargura de mis posteros instantes, quizá derramando lágrimas sobre mi tumba dirá: Luis, á quien acusaron de haber hecho correr la sangre francesa, no era un malvado; si fué culpable, lo seria por debilidad; los que le han sucedido, lo son con todo conocimiento, por sistema y por inclinacion.

Tal es, mi amado abate, continuó Luis despues de un rato de silencio, tal es, segun me temo la suerte que la ambicion reserva á nuestra pobre patria. ¿No tengo razon en agradecer á la bondad divina, el que me la haga dejar, para no presenciar las desdichas que la amenazan? ¡Ojala le depare el Altísimo uno de aquellos personajes privilegiados, que reserva pa-

ra que descuellan en medio de los siglos de barbarie, como antorchas resplandecientes, y que atesoran un corazón abrasado con el amor de la patria, y un entendimiento formado por el conocimiento de los hombres y la experiencia de los acontecimientos! ¡Así con el mismo brazo, con que haya rechazado los numerosos enemigos que las turbulencias intestinas y la ambición extranjera habrán suscitado á la Francia, enfrente todos los partidos opuestos á la felicidad general, y combine de tal modo los derechos del pueblo con sus obligaciones, que nunca disfrute la libertad, sin estar convencido, de que esta no debe ser otra cosa, que la justicia distributiva y universal!

Esta perspectiva brillante, en que mi imaginación se explora y mi corazón se deleita, alivia mis penas con la esperanza de lo venidero. La idea sola de mi familia es la que contras-

ta mi esfuerzo, y excede toda mi constancia. No, continuó el rey con los ojos llorosos, no puedo habituarme á la imágen de mi pobre muger, de mis queridos hijos, de mi hermana idolatrada, que penarán hasta la muerte en esta torre, espirarán en la desnudez y el desamparo, ó seguirán al cadalso á su gefe desventurado. — Señor, le contesté, todavía hay almas sensibles y vasallos fieles: ¿no podrian? . . . — ¡Ah M. de Fermont, interrumpió Luis, los reyes, que suelen tener pocos amigos siendo poderosos, tienen todavía ménos en llegando á ser desgraciados! ¿En dónde están todos esos grandes, esos preladados, esos nobles y esos sirvientes numerosos, que recibian de mi mano la subsistencia, las condecoraciones y el poder? ¿que se han hecho sus juramentos de morir por mí? Aun antes de estar yo en manos de mis enemigos, ¿no me han abandonado? Yo so-

lo cumpliré mis promesas, mientras ellos, al saber mi muerte, tributarán á mi memoria algunas lágrimas estériles, y se sonrojarán de ser perjuros.

Despues de este discurso me leyó con magestuosa entereza su testamento, qual lo habia extendido definitivamente, con arreglo á mis observaciones. Al pronunciar el nombre de su familia, los sollozos le atajaron el habla y apenas pudo acabar.

He conseguido de la convencion por la mediacion del ministro de la justicia, dixo entónces el rey, el permiso de conversar con mi familia, y de disfrutar por la última vez este desahogo tan agradable como cruel, que he anhelado con vehemencia, y que me alegrara se me hubiese denegado. Despues que los haya abrazado, me entregaré todo al Señor y á vos.

No es para omitida aquí una advertencia, que prueba, que el despotismo popular no solo agobiaba á los

ilustres presos confiados á su guardia, sino que iba ya estrechando á la convencion nacional. Habiendo esta decretado por instancia del rey, despues de su sentencia, que pudiese comunicarse con su familia, y habiéndose antes acordado lo contrario en la casa de ayuntamiento, la órden suprema de la potestad superior no pudo revocar el reglamento de policia de la autoridad subalterna; y no se halló otro arbitrio para conciliarlas, sino señalar á la familia real para sus vistas una sala, cuyas puertas vidrieras facilitasen á los comisarios el no perderla de vista.

Luis pasó á las ocho á esta sala, á donde Clery le signió, y yo me quedé en el gabinete. Habiendo luego entrado en el quarto del rey, que mediaba entre las dos piezas, usé del permiso que me habia dado su magestad de observarle y oir su última conversacion; pero de modo que ni la reyna, ni otra persona alguna de la

familia pudiese echarlo de ver. El ayuda de cámara puso sillas delante de la mesa, y sobre esta un jarro de agua con vasos al rededor. El rey entre tanto se paseaba muy pensativo, parándose á ratos y dándose de quando en quando palmadas á la frente.

A las 8 y 37 minutos entró la reyna trayendo de la mano al príncipe real, á quienes seguian madama Isabel y su sobrina. Luis se adelantó algunos pasos y los abrazó; Antonieta se arrojó á sus pies sollozando; y Carlitos y las princesas suspiraban y lloraban amargamente. Sentado el rey y cerrada la puerta, la familia se repartió al rededor y en sus brazos.

Una escena como esta, en que todo el interior se conmueve y todos los impulsos se contrastan, es mas fácil de imaginar que de expresar, y las conversaciones que allí se tuvieron, corresponden tambien ménos á la historia que á las ficciones del pensamiento.

Figúrese qualquiera una familia , que el consentimiento de cien generaciones habia hecho la mas noble , la mas poderosa y la mas rica , despeñada en el seno de la indigencia , de la debilidad y del envilecimiento , por el espanto so vaiven de una revolucion que todo lo arrolla : que cautiva , doliente y sin consuelo está á las plantas de su gefe condenado á muerte , haciendo mil caricias al mismo que ha de espirar en breve , y recogiendo las últimas palabras de su preciosa boca , y las postreras miradas de aquellos ojos adorados , que la muerte va á cerrar para siempre. Esposa tierna , ya no estrecharás mas el corazon de tu esposo contra el tuyo ; hermana querida , ya no oirás las palabras de dulce cariño proferidas por un hermano ; y vosotros , niños desvalidos , abrazad á vuestro padre por la última vez. Hoy todavía corre la sangre por sus venas: mañana ya no existirá.....

La media hora primera de esta visita se pasó toda en lloros, gemidos, lamentos, suspiros y todos los impulsos de la desesperacion y del dolor. La familia de Luis lo cercaba y lo estrechaba en sus brazos; su hijo, su amable Carlos, alargaba sus manos para enjugar las lágrimas del padre; la halagüeña María Teresa callaba llorando en pie, con la cabeza recostada sobre el hombro del rey, á quien estaba contemplando con ansias decorosas; madama Isabel le cogia una mano y se la aplicaba alternativamente á la boca y al corazon; y la reyna, á pesar de su altanería, pagaba, arrodillada, á la naturaleza el tributo amargo de sus desconsuelos. En quanto á Luis, despues de haber cedido á los primeros impulsos del amor y de la sensibilidad, no trató mas que de mezclar sus halagos con algun consuelo, y sus besos con algun consejo. Esto es en corta diferencia lo que he podido reco-

ger del razonamiento, cien veces interrumpido y otras tantas continuado, que dirigió á su dulce y desventurada familia.

Vamos, vamos, esta es demasiada afliccion; agradezcamos por el contrario, á la providencia el que me haya conducido al término de mis penas. ¿En que soy yo tan digno de lástima? Pierdo una vida, cuyos dias ha acibarado la desgracia; pero la que voy á conseguir será eternamente bienaventurada. Si tengo pues algun pesar, no nace del temor de esta pérdida, ni del de una corona percedera que voy á cambiar por otra inmortal: pero ¿puedo dexaros en este fatal destierro, en este lugar de proscripcion, sin experimentar el mas entrañable desconsuelo? No creo sin embargo, que corrais ningun peligro; vuestra existencia no es, como la mia, un obstáculo á las miras de los ambiciosos. No desconfieis pues enteramente, y

sea qual fuere vuestro destino, llorad ménos por vosotros que por las calamidades de la Francia; no olvidando jamás, que si la razon hace sufrir las injurias, la religion enseña á perdonarlas.

— ¿Acaso, dixo la reyna, no queda ya ningun recurso? Aquellos con que Michonis ha lisongeado mi esperanza no son quizas infundados: Toulan, M. de Fermont, el respetable Malesherbes, y el amable Edwino; os han de desamparar á un tiempo? ¿No es este el trance, en que combinarán sus arbitrios y reunirán sus esfuerzos? — Nunca he dudado de su afecto ni de su zelo, respondió el rey; tampoco de su valor, y quizas este los incitará á una nueva tentativa; pero temo que ha de redundar en perjuicio suyo mas bien que en ventaja mia. ¿Como podrán lidiar unos quantos hombres con todas las fuerzas unidas del partido de la anarquía? — Ay hermano, dixo ma-

dama Isabel, ¡que cruel eres en quitarnos nuestras ilusiones! ¿Con que no hay remedio, y nos abrazamos por la última vez? A estas palabras se redobliáron los lloros y sollozos, y aquella virtuosa y sensible princesa se cayó sobre el pecho de su hermano, donde permaneció por un rato enagenada por la fuerza del dolor.

Yo me engaño tal vez, insistió Antonieta con mas sosiego; pero no tengo por imposible el que os arrebatén de manos de los asesinos. No, nunca se atreverán á descargar el golpe sobre quien fué su rey A veces tambien me lisongo, de que un movimiento terrible, que no espera para declararse, sino el espectáculo de la afrenta que os están preparando, llevará vuestros asesinos al cadalso levantado para vos ¡Cielos! interrumpió Luis con precipitacion, ¿que es lo que has dicho, y que es lo que estás deseando? ¿No te horroriza la

sangre que correría en semejante empeño? ; y no basta que se derrame la mia? — Antonieta no contestó ; pero por la inmutacion de sus facciones y por sus ojos centellantes conocí , que estaba bien agena de acompañar á su esposo en dictámenes tan pacíficos. Luego continuó diciendo : No se hable mas de eso ; estais resuelto á morir , y nada nos queda que hacer , sino juntar con los sentimientos de nuestra desesperacion los de la admiracion que debemos causar. En vuestra mano está el merecerla todavía con mas fundamento , pues podeis asombrar á la Europa entera que os está mirando silenciosa. Manifestadle , que un hombre esforzado , aun quando tuviese sobre sí el acero matador , es siempre árbitro de su propia suerte ; no consentais en que unos sayones infames mancillen con sus manos sanguinarias una cabeza ennoblecida con la corona : en una palabra , en vez de reci-

bir la muerte, dáosla vos mismo. — Es imposible expresar los impulsos que este consejo excitó en la familia real; la desesperacion, el horror y el espanto asomáron á un tiempo en los semblantes alterados del rey y de su hermana; enmudecieron de pavor, y se pararon á mirar á la reyna con extrañeza y desconsuelo. Pero ella, cediendo ménos por la altanería característica de su alma que por el peligro de las circunstancias, continuó con vehemencia; me hago cargo de vuestro silencio, y estoy ya oyendo vuestras reconvenciones. No ignoro que la religion y la razon condenan, prohíben y castigan el suicidio: pero ¿porque Dios, que imprimió en nuestros corazones la inclinacion que obliga á conservarnos, la acompañó con otra que nos inclina á destruirnos? El horror indecible de las injurias, de que se siguen los deseos de venganza, nos induce á valernos en cierto modo de

nuestras manos , para labrarnos el sepulcro. Además El rey la interrumpió con cierta severidad : basta, dixo , y aun sobra : atribuyo á tu cariño esa extraña propuesta , y en este concepto te la agradezco ; pero yo opino , que si siempre es un delito el darse la muerte , el dársela por no recibirla es un desvarío. Juzguen allá los hombres segun su aprension ó sus preocupaciones , y digan á una voz que he muerto afrentosamente ; que á mí me basta para morir con dignidad , el estar bien con Dios y con mi conciencia. — Diéron las diez , y el rey levantándose hizo un ademan para indicar á su familia que habia llegado la hora de su separacion ; con lo que se redobláron los clamores , y los lamentos empezáron de nuevo. — Por lo ménos , dixo la reyna , ¿ nos veremos mañana ? — Sí , hermano ; sí , papá , repitiéron la hermana y los niños , que nos volvamos á ver mañana. — Os lo

ofrezco , respondió Luis : abrazadme ; y tú , querida esposa , disimula la dureza con que tal vez te he contestado. Sé que me amas , y que tus intenciones son laudables ; pero á poco que reflexiones conocerás , que si el suicidio no corresponde á nadie , corresponde mucho ménos á un rey. *A Dios , mi amada Antonieta ; pobre consorte mia , á Dios : procura ser siempre buena madre , y hablar de mí con freqüencia á mis queridos hijos.* El enternecimiento del rey llegó á tal extremo al pronunciar estas palabras , que no pudo expresarlas sino con sollozos ; é inclinándose hácia su familia y reuniéndola en sus brazos , la estrechó repetidas veces con el extremo de la desesperacion ; y despues desasiéndose de ella arrebatadamente : *á Dios* , les dixo , con un acento tan tierno y tan penetrante , que madama Isabel se desmayó. Abriendo entonces dos comisarios la puerta acom-

pañáron á la familia real á su quarto, y miéntras esta llenaba la escalera de agudos alaridos , Luis XVI. volvió á su aposento todo trastornado.

Se arrojó sobre un sillón , y se mantuvo un quarto de hora en doloroso silencio , interrumpido solamente con lágrimas y suspiros. Clery , que estaba delante del rey en pie , sollozaba , y yo ofreciendo sus trabajos á la Providencia , le pedia se dignase continuarle el esfuerzo necesario para el complemento de su sacrificio.

Rompiendo el silencio el rey y alargándome la mano : soy muy débil , me dixo , M. de Fermont ; mas yo espero , que Dios no me acriminará el que lo haya olvidado un momento , para pensar en mi familia. ¡ Ay de mí ! ¡ ya no me verá mas ! Ahora ya soy todo de él y de vos.

Luis XVI. me expuso entónces en pocas palabras , pero con mucho método y claridad , sus principios , sus

opiniones y su conducta por lo que mira al cristianismo. Encontré á este monarca tan instruido como católico, y no tuve mas que desvanecerle ciertos escrupulillos, de los quales su alma, tanto mas timorata porque era inocente, se impresionaba con demasiada facilidad.

Despues de la cena, que fué ligera, le propuse que oyese misa y recibiese la eucaristía, á lo que se convino muy contento; pero como se temia un desayre de parte del consejo, si hacia esta peticion, me encargué yo mismo de presentarla.

Al oirla los miembros del consejo, se pusieron algunos de mal humor, y los demas se mofaron con menosprecio irónico. Uno de estos me puso la obgecion atenta, de que podia envenenar al reo con la hostia; y á fin de precaver este atentado sacrílego hice presente á los municipales, que podian suministrarme todo lo necesario para

la celebracion , en lo qual viniéron á convenirse despues de una larga deliberacion.

Vuelto al quarto del Rey lo confesé. ¿Porque no me es lícito, manifestar en este escrito los secretos augustos de que me hizo depositario? ¡Quantas buenas acciones ignoradas merecian la admiracion! ¡quantos beneficios ocultos haria patentes á la gratitud pública! Tan modesto como virtuoso, Luis se sonrojaba mas al indicar el bien con que habia esclarecido su carrera, que al confesar algunos yerros, propios de la humana fragilidad, de cuyo número era la excesiva condescendencia de su carácter; como si hubiera estado en su mano el reformar la obra de la naturaleza. ¿Le castigaréis, Dios mio, por los desaciertos, sobrado indudables por desgracia, aunque involuntarios, á que lo arrastró su natural propension? ¡Con quantos trabajos, y con

que martirios ha venido á purgarlos!

A fuerza de súplicas é instancias repetidas, hice que se acostase á la una, y se durmió luego, quebrantado de dolor y de cansancio; pero consolado por su conciencia, y por las precauciones religiosas que habia tomado. Clery pasó la noche en una silla, batallando á un tiempo con el sueño y con el desconsuelo. Yo me tendí á cierta distancia de la cama del rey, meditando y contemplando con respeto y terror aquel soberano destronado, aquel monarca preso, aquel justo proscrito, que dormia sosegadamente pocas horas antes de morir en un cadalso. En medio de su sueño tranquilo hizo algun movimiento y despidió varios suspiros: acerquéme temeroso de que se sintiese incomodado; pero no habia despertado, aunque por entre sus párpados cerrados, vi asomar lágrimas, y le oi susurrar entre lamentos los nombres de sus hijos y de su esposa.

Clery se despertó á las cinco, y el rey se levantó en seguida, y se mostró deseoso de oír inmediatamente misa. Mientras un sirviente llamado *Tur-gi* (de quien el rey estuvo muy satisfecho todo el tiempo de su arresto, y por tanto es acreedor al reconocimiento) y el ayuda de cámara preparaban una grande repisa en forma de altar para la celebracion del santo sacrificio, Luis me convidó á pasar con él al gabinete, donde me dixo estas palabras:

Dios me es testigo, de que no deseo que se restablezca la potestad real, y ménos todavía, ya que esto se verificase, el que recayera en mi hijo. Ya hace tiempo que la corona de Francia no lo es mas que de espinas, y el rumbo que siguen las cosas, no me parece que es para cambiarla en corona de flores. Sin embargo como es posible y aun verosímil, que los ambiciosos no esperen

sino mi muerte para dar al pueblo un caudillo que no sea de su agrado, os encargo en atencion á vuestra fidelidad, que pongáis en manos de mi hermano, con un pliego que encierra mi testamento y otro que voy á leeros, este sello de plata de tres caras, cuyo compañero, que es este otro, entregará Clery á mi muger. Este es el símbolo y el único tipo material, que puedo daros de la potestad legitima. El rey abrió entónces el sello, en cuya primera cara está esculpido el escudo de Francia, en la segunda dos LL. coronadas, y en la tercera la cabeza con mofrion de Luis Carlos. El pliego unido al *duplicado* del testamento, es una carta que Luis XVI. escribió á su hermano Luis Estanislao Xavier. Esta es la copia:

CARTA DE LUIS XVI.

A SU HERMANO MAYOR.

(Documentos justificativos , núm. 18.)

„Obedezco á la Providencia y á la necesidad , presentando en el cadalso mi cabeza inocente. Mi muerte impone á mi hijo la carga del reyno ; sé su padre , y gobierna el estado para tranquilizarle y hacerlo floreciente. Mi intencion es que tomes el título de *regente del reyno* , y mi hermano Carlos Felipe tomará el de *lugar-teniente-general*. Acude ménos á la fuerza de las armas , que á las promesas ventajosas de una libertad prudente y á las buenas leyes , para restituir á mi hijo la herencia usurpada por los facciosos. Nunca olvides que está teñido en mi sangre , la qual clama : *Clemencia y*

perdon. Tu hermano te lo ruega, y tu rey te lo manda.

En la torre del Temple á 20 de enero de 1793.

Firmado, Luis,,

Volvimos al cuarto, en el qual estaba ya dispuesto el altar para la misa, y el rey despues de haberla oido de rodillas, recibió el pan de los justos con una devocion tan angélica, que edificó á los mismos municipales, que pudiéron desde la antecámara presenciar este acto, por estar la puerta medio abierta.

Despues de esto el rey dixo á su ayuda de cámara en presencia de los comisarios: Clery, tus desvelos me han sido muy satisfactorios, y te doy por ellos las gracias: mi situacion no me permite hacerte ninguna fineza en muestra de mi agradecimiento; mas espero que en pago de tus servicios, la municipalidad tendrá á bien que

los continúes con mi hijo. Al decir esto, el rey alargó su mano con ademán amistoso, y Clero se la besó respetuosamente. Esclavo, le dixo uno de los municipales con tono bronco y semblante adusto, ¿que es lo que haces? ¿no sabes que fué rey? Yo juzgué, respondió el ayuda de cámara, que todavía era hombre.

Entonces le entregó el rey el sello de tres caras, igual al que me habia confiado; tambien le dió un anillo nupcial con el encargo de entregárselo á su esposa, y una bolsita, donde guardaba cabellos de toda la familia.

Su magestad se volvió á su gabinete, y salió de nuevo pidiendo unas tixeras, lo que al parecer sobresaltó á los comisarios; pues fuéron á consultarlo con el consejo, y traxéron la negativa. El municipal que se la notificó al rey, dexó ver en confuso su recelo de que se matase; pero Luis

sonriéndose con cierto desdén: no se trataba, dixo, mas que de cortarme el pelo, y Clery lo hubiera hecho: se equivocan en gran manera de temer que quiera acabar con mi vida, pues el que de cinco meses á esta parte padece tantas muertes, va á manifestar que sabe recibir la última.

Entretanto el bullicio que habia empezado al amanecer, el ruido de las armas y cañones, y las voces de la tropa se aumentaban por instantes, juntándose á este murmullo continuado los lugúbres redobles de los tambores, que sonaban á lo léjos. A las ocho y media un tropel de gente subió por la escalera y atravesó los postigos: abrieron la puerta, y la presencia de los comisarios de la municipalidad, precedidos por Santerre, general del ejército de Paris, nos anunció la llegada del momento fatal. — No os pido sino un minuto, dixo el rey, pasando conmigo á la torreilla.

cuya puerta cerró. Estamos desahucia-
dos, me dixo poniéndose de rodi-
llas; se ha consumado la obra; dad-
me vuestra bendicion. — Mi aliento
fué sobrenatural en aquella ocasion;
Luis se levantó y me abrazó estre-
chamente, y despues tomando de su
escritorio un pliego cerrado y salien-
do de su gabinete, se lo entregó á
Jayme Roux, uno de los comisarios,
con el encargo de presentarlo á la
municipalidad; pero este mirándolo
con extrañeza y ferocidad respondió:
no puedo; mi comision se reduce á
conduciros al suplicio. — Luis miró á
aquel bárbaro con ojos compasivos, y
presentó el pliego al segundo comisa-
rio, llamado *Beaudrais*, hombre aten-
to y sensible, que lo tomó y se en-
cargó de ponerlo en su destino.

Al llegar á la puerta, los ojos
del rey se encontraron con los de
Clery que lloraba sin hablar: á Dios,
Clery, le dixo: te dexo al lado de

mi hijo ; háblale á menudo de su padre. Mirando luego á Santerre y á su comitiva : MARCHEMOS , exclamó con dignidad , alzando al cielo una mirada magestuosa y serena.

En lo alto de la escalera Michonis tuvo proporcion de cogermela mano y dexarme un papelillo , que leí apresuradamente , reducido á estas palabras : *No hay que extrañar nada ; estar alerta.*

En el segundo patio del Temple estaba el coche destinado á llevar el rey. Guardaba una de sus puertecillas un gendarme de figura siniestra , que subió el primero , á quien seguimos el monarca y yo. Se colocó otro en frente de nosotros , y casi eché un grito de sorpresa al reconocer al amable y valeroso Edwino. Su vista admiró y al parecer desconsoló á Luis , á quien presenté un libro de los Salmos , teniendo abierto el papelillo de Michonis , y despues que lo hubo lei-

do, lo hice ped zos entre mis dedos. El tránsito del Temple á la plaza de Luis XV. duró siete quartos de hora, y en todo este tiempo el rey leyó con sumo recogimiento varios Salmos, relativos á su situacion. Yo rezaba, aunque con mucha distraccion, las oraciones de los agonizantes. Se observaba el silencio mas profundo en las dos filas de guardia nacional, que estaban formadas en ambas aceras, y no se oía sino el redoble de los tambores, el estruendo de los cañones y el caminar de los hombres y de los caballos.

Casi en frente de la Magdalena se paró el coche y con él toda la comitiva, y entónces oí varios gritos por la derecha á lo léjos, entre los quales las palabras *rey* y *Capeto* se pronunciaban repetidas veces. Una mirada misteriosa de mi alumno me dió á entender, que se insistia en el plan de que me habia hablado, y para cuya

execucion estaba haciendo el papel de gendarme. Temeroso de lisongear al paciente con alguna frívola esperanza, tuve por conveniente no comunicarle la especie.

Las voces se fuéron redoblando y acercando, y Luis que al pronto no las habia oido, cerró su libro mostrándose sobresaltado. Miré por casualidad al gendarme que nos acompañaba, y estaba pálido, trémulo y despavorido. Con una mano empuñaba temblando el sable, con la otra se tentaba la faltriquera, y no sé si me equivocaria, pero me pareció en el ademan, que amartillaba una pistola.

Estaba yo sacando la cabeza por la puertecilla, á fin de enterarme de la causa y objeto del movimiento, quando los gritos repetidos de *cerrar el coche*, llegaron á mis oidos. ¿Que dicen? preguntó el rey; pero el gendarme levantó los vidrios, y baxó las cortinas sin contestarle.

¿Se sabe que es ese alboroto? repitió Luis sin hablar directamente con nadie. Lo ignoro, Señor, le respondí; pero tranquilícese vuestra magestad. Sí, sí, dixo el gendarme con tono irónico, bien podeis tranquilizaros: quieren salvaros; pero yo doy mi palabra, de que la ley quedará executada y que no saldréis de aquí sino muerto.

Esta proposicion tan bárbara y feroz me hizo poner pálido y baxar los ojos; al alzarlos se encontraron con los del rey, levantados al cielo y bañados en lágrimas. Señor, le dixé, quando conduxéron á Jesús á la muerte, le hiciéron arrastrar la cruz. Sí, dixo Luis suspirando y estrechándose la mano; pero yo no soy mas que un hombre. . . .

Esta escena cruel, en que parecia que la Providencia indecisa deliberaba sobre el destino del monarca, duró ménos tiempo del que yo empleo en

describirla, ó mas bien en apuntarla. Todas las congojas de la zozobra y todas las ilusiones de la esperanza se imprimian alternativamente y con vehemencia en el semblante candoroso de Edwino; el del gendarme estaba macilento y desfigurado por los remordimientos de su mala conciencia; y el pavor habia sin dada alterado el mio: Luis era el único que despues de enjugar sus lágrimas, habia recobrado el sosiego y continuaba su lectura.

La confusion fué cediendo, cesaron las voces, el orden quedó restablecido, la comitiva volvió á la marcha, y el coche siguió su rumbo. Entónces comprendimos Edwino y yo, que ya no habia motivo alguno de esperanza, con lo qual mi alumno se puso pálido y yo quedé traspasado de dolor. Un gozo feroz fué explayando las facciones horrendas del bárbaro gendarme, quien arrojó al desdicha-

do paciente una mirada, que expresaba su triunfo y su malignidad; y la iniqua sonrisa, semejante á la que Milton atribuye á Luzbel, asomó en sus odiosos labios; pero el rey continuó siempre con su cabal tranquilidad.

Así llegó el coche casi hasta el pie del cadalso. Edwino baxó el vidrio de su lado, el otro gendarme abrió la puertecilla del suyo, y se presentó el verdugo.

Buen hombre, dixo el rey al gendarme, os recomiendo mi confesor; es honor vuestro el resguardarle de todo riesgo quando yo ya no exísta. No hay que temer, respondió con aspereza el militar: no se le hará nada; cumple con su deber, yo conozco el mio, y vos debéis obedecer á lo que se os manda.

Luis se levantó, empezó á salir del coche y apoyando la mano en la rodilla de mi alumno: hallad, le di-

xo. con el acento mas patético, en el esfuerzo y la delicadeza de vuestros procedimientos la recompensa que no me es dado ofrecer, ni aun con palabras. Edwin quiso contestarle; pero las lágrimas se lo impidieron.

—Apece el rey, se quitó el vestido y la corbata, y luego adelantándose hacia los tambores que no cesaban de tocar, desgritó con voz muy entera: Callad. Pararon al momento, y entretanto los sayones habían asido sus manos, que retiró por un movimiento involuntario de indignacion. Señor, me apresuré yo en decirle, falta todavía esta humillacion, para que tengais mayor semejanza con el Salvador divino, que os está contemplando, y preparando la recompensa. Con estas palabras desechó aquella repugnancia, y presentando sus manos con magestuosa resignacion, se contentó con decir al que redoblaba los nudos: que aquello no era necesario.

Los verdugos eran quatro ; dos preparaban en el cadalso el aparato del suplicio y el acero matador ; los otros dos se colocaron al lado del rey mientras subia , y yo le seguia inmediatamente. El semblante abatido de aquellos hombres se contraponia extremadamente á la fisonomía apacible de Luis , que tenia el cuello desnudo , el cabello tendido y algun tanto rizado , la frente serena y la tez un poco encendida , y no llevaba sino un simple chaleco de felpilla blanca.

Uno de los verdugos se le arrimó por la espalda , le ató el pelo con una cinta y se lo cortó. Luis se adelantó con denuedo hácia el lado del cadalso que miraba á las Tullerías , y exclamó con voz sonora : *Muero inocente. . . . perdono á mis enemigos. . . . deseo que mi sangre redunde en utilidad de los Franceses y aplaque el enojo de Dios. . . .* Iba á decir mas , quando una demostracion imperiosa de

Santerre obligó á los tambores á continuar su redoble. El rey habló todavía algunas palabras en voz baxa, y luego doblando una rodilla me pidió la última bendicion. Entretanto que se la echaba, muchos gritaron á los verdugos, que cumpliesen con su obligacion; y en seguida se apoderaron de la víctima. Miéntas la afianzaban con los ceñidores, puesta mi mano izquierda sobre su espalda, y enseñándole con la otra el cielo abierto para recibirle: *Id, hijo de San Luis, le dixé, subid al cielo. . .* No bien habia yo proferido estas palabras, quando la cuchilla fatal hizo que terminara con una muerte funesta, pero gloriosa, una vida llena por mucho tiempo de trabajos y amarguras. Me postré aterra- do con el dolor, y no volví de aque- lla especie de parasismo, sino al eco de los gritos repetidos mil veces de: *viva la nacion, viva la república* Le- vantéme precipitadamente. . . ¡O es-

pectáculo horrendo y lastimoso! Un jóven, apenas de edad de veinte años, habia asido por los cabellos la cabeza cárdena del desdichado Luis, y la iba enseñando al pueblo, sacudiéndola para hacer saltar la sangre. Salpicóme tambien con aquella sangre preciosa; y al momento, habiendo levantado los ojos hácia este lamentable objeto, me pareció verle resplandeciente con la corona de los mártires, y que el ángel del Señor lo cubria con las palmas de la inmortalidad.

Me fuí corriendo á casa de M. de Malesherbes, el qual enterado ya por Fitz-Asland y su familia de la terrible catástrofe, estaba en sus últimos años batallando con el extremo de la mas violenta desesperacion. ¿Con que esto acabo? decia, ¡ya no existe! Su bondad, su afabilidad sin límites, y para hablar sin rebozo, su debilidad, le han acarreado este dia de luto y de sangre. Los ambiciosos lo arrojaron

al cadalso, y por la cobardía mas iniqua y la traicion mas criminal, los que se decian sus amigos lo han abandonado. ¡Desventurado príncipe! todo ha venido á conspirar contra tí: tus enemigos eran tanto mas implacables, porque antes los habias favorecido; tus jueces ansiaban tu muerte, por quanto les allanaba el camino de la tiranía; y la barbaridad de los carceleros se habia aumentado con ver tu sufrimiento y resignación. Y aun los mismos republicanos ¡que fanatismo! ¡que delirio! claman, que el árbol de la libertad no puede fructificar sino regado con la sangre del rey. ¡Santo Dios! ¡que leccion para las naciones, y que perspectiva para los gobiernos! Sí: desde este dia el despotismo de una gavilla de verdugos, arruinando á la Francia, va á sentar su trono en un cadalso, para mandar en nombre del terror. Sol, cúbrete con densas nubes: libertad, razon, costum-

bres, filosofía, virtudes, artes, talentos, huid de mi país desventurado. La sangre rebotará por los surcos del labrador; los cadáveres beneficiarán nuestras viñas y huertos; las jornadas de setiembre durarán años enteros; el agua, el fuego, el veneno y el hierro, todos los medios se emplearán en cometer toda clase de delitos. Fuera vínculos entre los corazones llagados con las desgracias, ó traspasados por las venganzas: no mas amor entre consortes, ni castidad en las esposas, ni ternura en los padres, ni respeto en los hijos. La justicia y la moderación huyen llorando; todos los nudos de la sociedad se rompen con violencia; y mi patria vuelve á caer en la esclavitud y en la barbarie. . . .

Tras estos rasgos proferidos con una fuerza y eficacia, que me hacian olvidar la edad de Malesherbes, Fitz-Asland nos dió cuenta del triste resultado de su tentativa. El corto nú-

mero de los citados por Michonis, Edwino, Fanny y yo, se habia reunido en una callejuela á espaldas de la Magdalena. Su plan era esperar á que el rey hubiese llegado al cadalso, y tentar el arrebatarlo de allí, no tanto combatiendo con la mucha tropa que lo escoltaba, como persuadiéndola á que les sostuviese en la empresa. Era un partido desesperado, indiscreto y casi imposible el conseguirse: sin embargo sus seqüaces estaban bien resueltos á intentarlo, si no hubiesen sido descubiertos; pero asomando varios guardias nacionales por aquella calle, viéron gente armada á caballo, y entrando en sospecha, corrieron á avisar al general Santerre, quien al instante mandó hacer alto. Un destacamento de caballería se puso en marcha contra los conjurados, los cuales se dispersáron sin esperar el ataque. Uno solo, cuyo caballo tropezó al saltar una cerca, habia caido

en sus manos , y no dexaba de dar cuidado á milord , ménos por su propia persona , que por los residuos del partido realista , empeñado en esforzar de nuevo y á favor del hijo las tramas , tantas veces frustradas en auxilio del padre.

En quanto á Edwino , habia salido del coche tras el rey , y á pretexto de curiosidad se habia puesto junto al cadalso , con el fin de servir , si era dable , al paciente hasta el último punto.

Pero aquel vislumbre de esperanza se habia desvanecido , pues mi alumno tuvo el desconsuelo , de ver caer baxo los filos del acero la cabeza real del proscrito. En aquel punto Edwino habia presenciado varias escenas , cuya narracion me hizo estremecer de espanto , y de las que aun me horrorizo al referirlas.

El golpe , que acababan de descargar sobre Luis XVI. dexó al pron-

to como pasmados á los espectadores, los quales se mantuvieron por un rato mudos y sin movimiento. Luego al aspecto de la cabeza sangrienta de la víctima, hiciéron resonar el aire con sus clamores, y una turba, arrebatada de furor y de entusiasmo, se arrojó al rededor del cadalso, y tiñó en la sangre que corria la punta de sus armas. Otros por impulsos bien diversos, empaparon en ella pañuelos y lienzos riquísimos. Edwino fué de estos últimos, y la tela ensangrentada que sacó, fué luego llevada sin su noticia á Inglaterra, y colgada en las rejas de la torre de Londres, para que clame odio y venganza contra la república.

Pero lo que mas asombró á mi alumno en aquel espectáculo horroroso, fué la accion de un Marselles. Lo he visto, me dixo, subir precipitadamente al cadalso, con los ojos centellantes y el rostro encendido; lo he visto su-

mergir su brazo desnudo en la sangre real que humeaba todavía, y sacudirlo por tres veces sobre la muchedumbre despavorida. Nos han dicho que la sangre del tirano recaeria sobre nuestras cabezas, exclamaba, pues que recaiga enhorabuena: lavad con esta sangre criminal las manchas de la que hizo derramar. Pero que sea esta la última; devolvamos á la naturaleza el derecho de muerte usurpado por el despotismo: los reyes no saben castigar sino con suplicios, y el oprobio debe ser el suplicio de los republicanos.

Hay en esta terrible escena no se que combinacion de heroismo y de horror, de grandiosidad y de fiereza, que excita tantos impulsos encontrados, que no es fácil decidir, si el actor era el mas exêcrable de todos los hombres, ó el mas embriagado de fanatismo político y de entusiasmo revolucionario.

NOCHE DECIMA.

La nueva narracion , que ahora empieza , ofrece nuevos objetos de dolor , no ménos dignos de saberse que los anteriores. Ya no es el monarca destronado , cautivo y mártir el que se presenta á nuestros pensamientos melancólicos ; la tumba ha consumido al que mandaba á los hombres , y ya crece la yerba sobre sus huesos carcomidos. Otros actores salen en esta escena lastimera ; mugeres enlutadas y sin consuelo , un tierno niño , cuyas gracias se marchitan con los desastres. . . . Si en este siglo corrompido hay algunas almas , que desentendiéndose de los lazos del egoismo , se mantienen intactas de su corrupcion , y se compadecen de las miserias de los infelices y de las lágrimas de los desgraciados , vengan y oigan esta nar-

racion fúnebre , en que se explaya mi corazon.

Apénas, continuó el respetable Fermont al empezar la décima noche, apénas Luis XVI. cayó baxo la cuchilla, los enemigos del órden social dirigiéron contra él las armas sediciosas que tenian en las manos. No parecia sino que su sangre, de la qual cada uno habia bebido algunas gotas, encendia en sus pechos un desenfreno implacable y el furor de la desolacion. Las opiniones mas detestables y las providencias mas destructuras salian de las cavernas del Jacobinismo, como las lavas abrasadoras de las bocas de los volcanes. Con los gritos enfurecidos, con las imprecaciones sangrientas y con los clamores sediciosos, que atronaban las bóvedas de la convencion, y se difundian sin cesar de uno á otro extremo de la Francia, una fiebre frenética infestó una parte de sus habitantes, al paso que

la otra estaba sobrecogida de un temblor mortal. De los residuos de la Bastilla, demolida por la libertad, el despotismo popular construyó mil Bastillas nuevas, llenas indistintamente de amigos y de enemigos de la patria. Los decretos de un decemvirato usurpador, mas absoluto que el divan de Constantinopla, se escribiéron con sangre, y mandando que se derramase á rios, fuéron obedecidos en todas partes. El gorro sangriento del desenfreno asomó en el horizonte político, á manera de un metéoro en medio de las tempestades, y el nivel de una igualdad indeterminada fué la cuchilla de las proscripciones. Entónces se viéron realizados los tristes vaticinios del monarca en sus postreros momentos, pues se apoderáron de todos los corazones dos impulsos encontrados; de los unos la saña desenfrenada por destruir, y de los otros la indiferencia por conservarse. ¡Deplorable trastorno de las

leyes de la naturaleza, que se encaminan de continuo á crear y conservar! Se vió en aquellas carnicerías humanas competir las víctimas y los verdugos, aquellas por alargar prontamente su cerviz, y estos por degollarlas con sus desapiadados cuchillos. La guadaña revolucionaria no perdonó las canas, ni la juventud, ni los vínculos del amor: acuchillaba á un tiempo á la vírgen tímida en los brazos de su madre, á la esposa trémula sobre el pecho de su esposo, y al anciano apocado sobre el de su hijo: el enfermo iraspasado de dolores, y el moribundo consumido en su penosa agonía no pudieron salvarse de su furor: no respetó ni talentos sublimes, ni virtudes heroicas, ni prendas recomendables: y hacinó en el cadalso el lapicero del dibuxante, la pluma del escritor y el compas del geómetra. ¡O recuerdo de horror y de compasion! ¡ó noche sangrienta, que du-

raste mas de dos años! ménos funesta todavía por el mal que hiciste que por las semillas que dexaste. Y entre tanto que el desenfreno asolaba la Francia, el denuedo de los nuevos republicanos asombraba al mismo tiempo con sus hazañas el Danubio y los Alpes, el Océano y los Pirineos. Pundonorosos en extremo, no obraban como genízaros de la tiranía, sino como dignos campeones de la libertad; y miéntras degollaban á sus padres en Paris, se vengaban de los asesinatos con victorias. Así por una contraposición, no vista hasta entónces, el desenfreno y la mortandad deshonoraban la administracion pública, al paso que la generosidad y el heroísmo esclarecian nuestros campamentos.

Ocho meses habian pasado desde el 21 de enero, sin que encontrase arbitrio para ser de utilidad á los presos del Temple, ni aun para restablecer alguna comunicacion con

ellos. Solo supe por los diarios, que Carlitos habia sido arrebatado á la ternura y educacion materna, para ponerlo á cargo de un artesano, individuo de la municipalidad, llamado *Simon*. Tambien me acababan de informar, que la convencion, á propuesta de Barrere, habia dispuesto se entregase la persona de María Antonieta al tribunal del 10 de marzo, y que la habian trasladado de la torre del Temple á los calabozos de la Conserjería. Tales eran los rumores que corrian, aunque en secreto, pues el ademan amenazador que iba tomando de dia en dia la asamblea convencional, las facultades terribles con que acababa de autorizar al tribunal revolucionario, las mutaciones hechas en todos los ramos de la administracion, el semblante bravío del pueblo que temblaba y amenazaba al mismo tiempo, tantos obgetos diversos, nuevos é interesantes por su fiereza, embar-

gaban la atención , ocupaban los ánimos y conmovian los corazones.

A estos motivos generales de zozobra y desconsuelo se añadía para mí , el de la separacion de mi amado alumno. Su padre , lord Fitz-Asland , movido por sus instancias incesantes , y tal vez incitado por algun tanto de ambicion , habia marchado para solicitar de la corte de San James , negociase la libertad de la reyna y de su familia. Edwino , mistress Clary , y su preciosa hija le habian seguido , dexando en mi corazon , habituado á respirar el mismo ambiente que ellos , un luto indecible , y un vacio horroroso en mis ojos , acostumbrados á verlos de continuo. Por cierto , que si la necesidad absoluta de un agente seguro y de un corresponsal fiel , y la esperanza de servir á la desgraciada familia del rey , no me hubiesen obligado á residir en Paris , hubiera dexado para siempre esta Babilonia mo-

derna, en donde el delito marchaba con la frente alzada, y donde la virtud, viviendo sombríamente, ocultaba en el polvo su rostro augusto y desconocido.

A principios de setiembre, Michonis, administrador de policía, hombre atento y sensible, pero mas zeloso que prudente, vino misteriosamente á mi casa. Llegó el punto, me dixo, de hacer todo lo posible para socorrer á la desventurada Antonieta, pues la han pasado al tribunal revolucionario, que es lo mismo, que enviarla á la muerte. Parece que la teme poco; pero el deber de sus amigos es salvarla, y yo puedo ayudarlos á buscar algun arbitrio de acuerdo con ella. Como administrador de policía, y encargado peculiarmente de las cárceles, puedo sin inconveniente introducirlos en la de la reyna. ¿Queréis seguirme? — Al oír esto me fuí con él á los calabozos de la Conser-

gería; en los que me hallaba muy tranquilo quando estuve preso, por verme inocente; pero ahora, que encerraban una princesa desgraciada, y en fin una muger, no los podía mirar sin espanto y sin horror.

O vosotros, que admirando de paso aquella puerta magnífica; obra maestra de tantas artes reunidas, atravesais sus verjas doradas; y os adelantais precipitadamente á los pórticos brillantes, y á esa sala inmensa y magestuosa, que parece una plaza pública, donde se juntan los intérpretes de la ley; quando os vais embelesando por esas galerías, alhajadas y enriquecidas con los costosos juguetes del luxo y los nobles partos del ingenio, entre el tropel revuelto de paseantes curiosos, de vendedores y compradores, y en medio de esas petimetras de primer Orden; cercados de libreros ingeniosos, que os brindan con las *Aventuras de Faublis* y las *obras de Smith*; decid;

jóvenes y ancianos, ¿habeis nunca parado la consideracion, en que vuestras plantas van hollando calabozos y hombres? Sabed pues, que las bóvedas del palacio cubren el anchuroso atahud, llamado *Consergería*, en donde yacen, suspiran y mueren mil veces antes de espirar los infelices que allí están encerrados.

Se baxa á esta cárcel por dos puerrecillas de hierro, en cuyos umbrales hay unos guardas horribles, sucios, vigotudos, cejijuntos é insolentes. Apenas ha sonado el quicio de las puertas, quando estos cancerberos observan atentamente al que entra, y le leen en cierto modo el interior; pues su instinto y experiencia les hace adivinar con facilidad los motivos, que lo conducen á aquella triste mansion. El aspecto de Michonis amansó sus frentes adustas, y aun vi, que asomaba la sonrisa en sus labios. A la luz de dos lámparas, que parece no arden en aque-

lla lobreguez , sino para horrorizar mas con su mismo resplandor , nos encaminamos por un corredor estrecho y arqueado , á cuyo extremo dimos con una sala espaciosa , cercada de bancos de madera arrimados á su pared desnuda , sin mas muebles que una grande mesa en forma de escritorio. Allí reside el alcayde *Richard* , y mas comunmente su muger , con la qual encontramos ; y luego que Michonis le manifestó sus deseos , dexando en su lugar un carcelero viejo de su confianza , tomó un hachon y nos acompañó al quarto de la reyna. Vais á verla sosegada y altanera , nos dixo á media voz ; en el rincon de un calabozo está como en medio de su corte , y causa respeto á los que tiene al rededor. Pero el orgullo que la sostiene por el dia , la desampara llegando la noche , porque se acuerda entónces de que es madre , y en el silencio y la obscuridad llora y gime. —

Después de dexar á izquierda la secretaría y calabozos del piso , dimos vuelta , y entramos en un segundo corredor , alumbrado como el primero , por el qual se paseaba un gendarme con el sable desenvainado. Habia dos puertas , y por entre los barrones de la una la alcaydesa me enseñó un preso , tendido sobre su lecho y custodiado por un centinela. Estaba macilento y desgreñado , y en su aspecto daba muestras de una desesperacion muy violenta. Es un hombre , me dixo madama Richard , condenado á muerte por haber asesinado á su padre. Habia vuelto hácia él mis ojos compasivos ; pero estas últimas palabras me los hicieron retirar por el horror que me causaron. ¡ Oh destino ! decia yo en mi interior , no faltaba á tu extravagante crueldad , mas que el haber puesto á un parricida inmediato á una reyna de Francia.

Abrió la otra puerta , y quando entramos , iba yo á la espalda de Micho-

nis, para que no me viese Antonieta, que estaba sentada, y remendando sus medias. Al oírnos hizo un movimiento, volvió la cabeza hácia nosotros, y enseñó al magistrado la humilde labor en que se empleaba. He leído en Homero, dixo sonriéndose, que las reynas se hacian sus coturnos, y yo estoy bordando el mio. Michonis levantó los ojos al cielo y suspiró.

Despues que por su orden, la muger que la servia y el gendarme que la guardaba, se retiraron con madama Richard, me puse de modo que pudiera verme. Antonieta prorumpió en un alarido de dolor y de asombro, como que mi presencia le excitaba mil recuerdos amargos. ¡Ah M. de Fermont, exclamó, que débil soy, y quan mudada me encontráis! Solia pensar antes con alguna entereza; pero ya no puedo resistir á mi desgracia. He podido perder tanta grandeza sin abatirme, he podido dexar de ser reyna sin

morir ; pero ¿ como he de vivir ya sin ser esposa , ni madre ? Estas ideas , acompañadas sin duda de las de su situacion presente y de su suerte venidera , la enternecieron en extremo , y luego enjugándose las lágrimas , continuó señalando á Michonis : este es el único hombre , que he hallado entre las fieras que me rodean. Reunidos todos contra mí , andan inventando cada dia alguna nueva humillacion , para que me horrorice mas mi destino , y así van goteando sobre mi corazon el tósigo de la adversidad , se deleytan en oír mis ayes , y antes de embriagarse con mi sangre se sacian de mis lágrimas. Este solo ha conservado en su alma la noble imágen de la humanidad , y es el único que se conduce de mí. Michonis , añadió estrechando con vehemencia la mano del magistrado , y mirándole con la expresion mas tierna , hombre sensible y animoso , ¿ sabes que te pueden acrí-

minar el que alivies á una persona desdichada , y que quizá te envolveré en mi ruina ? Este pensamiento me estremece ¡ Ah ! dexa que la desventura vaya acabando con el resto de mi exístencia , y desampárame , si es que pretendes darme gusto.

El carácter generoso y desinteresado de Michonis hace adivinar desde luego su respuesta , y el largo rato que duraria la contienda de magnanimidad entre él y la encarcelada reyna. Por algunas palabras de esta comprendí, que se habian acordado medidas , y que se preparaban arbitrios para arrebatarla á la muerte y al cautiverio; mas esto era sin su anuencia. ¿ Que haré yo , decia , con una vida , á la qual no tengo mas apego que el natural de los sentidos ? todos los demas vínculos ¿ no están ya rotos ? ¿ quien me devolverá las satisfacciones del trono , el amor de mi esposo y los halagos de mis hijos ? Era reyna , espo-

sa y madre , y estaba bien hallada con la vida ; ahora que estoy presa y en un sepulcro , debo morir .

Para el carácter de Antonieta no eran del caso los lenitivos consoladores , que suministran la religion y la filosofía á los corazones sencillos y accesibles ; el de la reyna lleno de ambicion y estragado con una educacion orgullosa , no se avenia sino con los pensamientos altaneros , y no escuchaba sino proyectos heroicos . Le manifesté pues , que la Francia y la Alemania se desvelaban por su persona , y atendian á conservar su existencia , olvidando los grandes intereses nacionales , por deliberar sobre el suyo : le mostré el gobierno decemviral de la nueva república , aquel gobierno tan pujante y terrible en su potestad usurpada , conmovido y turbado á presencia de una muger , que reuniendo en su cabeza los derechos y las esperanzas de las casas de Lorena y de

Borbon reuniria tambien sus eficaces esfuerzos : le presenté la Europa pendiente del nuevo proceso , esto es , del nuevo ultrage intentado contra las dos mas ilustres casas soberanas , acechando , por decirlo así , hasta donde se propasaria el arrojo de los perseguidores , y pronta á precaver , por una explosion vengadora , un segundo regicidio : en fin despues de haberle en cierto modo encendido el rayo luminoso , que desde el panteon donde yacia la encumbrase al alcazar de la gloria , y despues de haberle vaticinado que resonarian en sus oidos las aclamaciones de la posteridad , fui baxando de estos sentimientos sublimes á otros mas naturales y afectuosos , pues le hablé de sus hijos. Le nombré especialmente el jóven y tierno Carlitos , tan interesante y tan idolatrado ; único , débil y precioso bástago de un tronco ya muerto , regado al crecer con sangre y lágrimas , y combatido

por todas las tormentas. ¡Oh poderío incontrastable de la ternura maternal! á este nombre adorado , aquella frente altanera se fué amortiguando , aquellos ojos centellantes de orgullo se bañaron en lágrimas , y por entre las nieblas de su tristeza asomó la grata sonrisa en aquellos labios , poco antes cerrados por la desesperacion. Todavía soy madre , exclamó , y viviré. ¡ Ah M. de Fermont , ¿de donde sacais esos rasgos irresistibles , y ese acento persuasivo , que triunfa de las resoluciones , que se tenian por incontrastables?

Pero antes de informaros , continuó la viuda de Luis , de los recursos que todavía quedan á Michonis , á Toulan y á un corto número de mis verdaderos amigos , me creo obligada á manifestarme á vos sin rebozo. Lo que voy á decir , os ilustrará sobre los consejos que os he de merecer , y sobre la conducta que debeis observar. Os daré á

conocer algunos sugetos , de quienes probablemente depende hoy mi suerte, é iré señalando lo que debéis practicar, para minorar su poderío, su venganza y su maldad.

Al acabar estas palabras Antonieta se levantó, y se fué hácia un rincón de su quarto , cubierto con un trozo de tapiz que servia de cortinaje al catreillo de tixera , donde solia adormecerse. Baxo la cabecera de aquel lecho miserable tenia escondido un rollo de papeles , y lo sacó. Luego vuelta á nosotros , dixo : Miéntras ha vivido mi esposo desgraciado , reconcentré en lo íntimo de mi corazon la causa principal de nuestros infortunios , porque se le hubiera hecho muy doloroso el ver , que yo tenia en parte la culpa, como la tengo en efecto , de los males que padecemos. La inexperiencia y la poca reflexión me han traído por grados hasta aquí , y no sé que fatalidad espantosa me ha hecho cómpli-

ce en los delitos, de que soy víctima. Ya que Luis XVI. no existe, voy engañando el desconsuelo de mi viudez, y el horror de mi prision, escribiendo estas tristes memorias. Con esto hago rebosar sin duda la copa envenenada, que me están aplicando á los labios hace tiempo; pero tambien me parece, que así se disminuye su amargura.

En esto Michonis quiso retirarse, á pesar de las instancias de la reyna. Aun podeis estar, me dixo el magistrado, en compañía de su magestad dos horas, pues este es el tiempo que necesito para echar una ojeada por los presos, y me haria sospechoo si estuviese aquí mas tiempo. Fué e, y la reyna empezó la lectura de su manuscrito, que me entregó mas adelante, y que su muerte me permite comunicaros.

EXTRACTO DEL MANUSCRITO
DE MARIA ANTONIETA

INTITULADO:

UNA CAUSA SECRETA DE LA REVOLUCION:

(Documentos justificativos , núm. 19.)

„ La providencia nunca ha revelado su existencia ni manifestado mejor su poderío , que haciendo que de cada una de las acciones , que componen la vida del hombre , resulte un acontecimiento memorable , que viene á ser su moralidad. Pero á fin de que sea útil este acontecimiento y que esta moralidad redunde en beneficio de toda la especie , ha querido que uno y otro fuesen siempre en sentido en-contrado con los deseos corrompidos , y sirviesen igualmente para cubrir de vergüenza , y á veces de castigo , al vi-



cioso y al criminal, y de gloria duradera al adorador de la virtud. Así mientras el ambicioso, subido á la cumbre de la grandeza, busca en vano baxo las cortinas de púrpura el sueño que huye de él, el aldeano sencillo, al salir de su trabajo, lo encuentra en su tranquila cabecera. Así tambien el hombre honrado disfruta en los brazos de su casta esposa las delicias inocentes, que no le pueden proporcionar al libertino los halagos de una impura cortesana.

Estas reflexiones, frutos tardíos de la desventura, no son ajenas de mi historia deplorable. La suerte trágica de Luis xvi. ha demostrado, que la debilidad en un gobierno es el vicio mas destructor: mi esposo con mas espíritu hubiera sido ménos culpado, y nunca hubiese subido al cadalso, si hubiera antes permitido, que la sangre de un conspirador lo manchase. En quanto á mí, si como hay motivo pa-

ra preveerlo, sigo sus pasos, será por efecto de mis inconsequencias y de mi poca reflexion. El fundamento de mis antiguos triunfos será el pretexto de mi ruina, y el mismo pueblo, que celebraba mis desbarros imitándolos, castigará con una muerte sangrienta las satisfacciones que me ha hecho disfrutar. Inmortal María Teresa, madre mia, ¿por que no habré yo escuchado vuestros preceptos é imitado vuestro exemplo? Todas las pasiones agítaban vuestra alma; pero ella, mas poderosa que todas, supo hacerles frente. Después de haber conquistado vuestro imperio como esforzado caudillo, lo administrasteis qual sabio legislador, y supisteis reynar sobre vos misma, y cubrir con el manto imperial vuestros yerros y vuestos desahogos. En vuestro reynado los placeres acompañaban á los negocios, sin perjudicarse jamas; no parecia sino que el amor se habia reconciliado con la sabiduria,

y la tierra, asombrada de tanto heroísmo en una gerarquía que no conoce sino el orgullo, y en un sexo nacido para el regalo, la tierra repitió los vivas de vuestros ejércitos triunfantes, y os proclamó gran monarca y hombre grande.

Una altanería excesiva fué la única herencia que me cupo de aquella muger tan célebre; pero en vez de acertar á refrenarla, aparentando indiferencia ó agasajando siempre con esmero, le dí por el contrario mas fuerza con mi indiscreto desarreglo. El orgullo se hace disimulable quando está sostenido por la modestia; pero ¿quien puede sobrellevarlo, si solo se manifiesta con los humos de la arrogancia? Ann escribiendo esto, y entrañablemente apesadumbrada de mis yerros, confieso, que al mismo tiempo que los reconozco, me siento todavía propensa á volverlos á cometer. Jamas acabaré de concebir, que la hi-

ja de los Césares, esposa, madre y hermana de reyes; esté amasada con el barro comun del vulgo humano; y, por mas que la razon me demuestre la falsedad de este pensamiento; mi corazon se complace en creer, que una chispa acendrada de la divinidad anima á los que destinó ella misma á reynar.

Con aquel orgullo insensato, que una educacion atinada hubiera podido arreglar, pero que se engrió mas y mas con el boato y con el ambiente emponzoñado de la lisonja, vino luego á juntarse la necesidad indispensable de los placeres. Para darles cebo, se reuniéron el atractivo anticipado con que me favoreció la naturaleza, y los dones que me tributaba oficiosa la fortuna. Desde la edad, en que la vida solo exhala el aire puro de la inocencia, sentí en mí un temperamento fogoso, que abrasando mis potencias ha ido labrando en mi carác-

ter la propension á los proyectos arrojados y á las tramas políticas. Así, por un fenómeno muy reparable, mi corazón ha sido de continuo el juguete y la presa de dos pasiones encontradas, y que solo se asemejan en los peligros que acarrear, quiero decir, la ambición y el amor. La una, desprendiéndome de los deleites materiales, arrebatava mi espíritu á las especulaciones mas sublimes, y como el aguila imperial que se mira en el sol, lo arrebatava á una elevacion soberana, universal y absoluta; y la otra, baxándome á la tierra, hermoseada con sus extremados embelesos, colocaba mi corazón en medio de los afectos que produce, como la alondra que oculta su nido entre dos surcos.

Combatida por estas dos pasiones me encontraba, quando me presenté en la corte de Versalles. Encontré desde Viena todo el camino enramado de guirnaldas, y perfumado con flo-

res; mi presencia, qual si fuera la de una diosa, hacia resplandecer el júbilo en todos los semblantes, derramaba el verdor por los plantíos, y sazónaba todos los frutos. No oia mas que voces melodiosas, que al eco de suaves instrumentos cantaban y repetian millares de veces el nombre de *Antonietta*. La poesía me tributó sus partos mas ingeniosos; el lápiz y el buril se esmeraron á porfía en retratarme, y todas las artes se hermanaron para encarecer mi gloria y ofrecerme millares de placeres. Era para mí entónces el mas apreciable el de hacer gala de mi atractivo. Me deleitaba en salir al público con un desaliño voluptuoso, adornada de mi juventud y de mi lozanía, en medio de una corte de tanto fausto y pompa. Me pagaba de ver á los jovencillos pelaciegos atropellarse en mi tránsito, mirarme con ahinco, y susurrar aquellos elogios, tanto mas li-

sonjeros, quanto aparentan ménos el querer parecerlo. A veces la sencillez de un lugareño me enamoraba, y sentia no poderle demostrar con toda llaneza, que podia sin agravio olvidarse de mi gerarquía y atender solo á mi atractivo. ¡O recuerdos engañosos y quizá criminales! ¿en que tiempo, y en que lugar revivis en mi memoria? ¿Puedo acaso recordaros, sin recordar tambien mis extravíos y mis desdichas?

Nadie ignora que el monarca viejo de la Francia se desentendia de su gloria, y consumia sus años postreros en los brazos de una Lais deshonestá. Desde la hediondez, en que un nacimiento obscuro, una educacion grosera y unas costumbres abandonadas la habian encenagado, se abalanzó al solio, y profanaba con su escandaloso desenfreno el lecho del primer rey de la Europa. Es justo que confesemos, que la misma suerte que le

había negado el nacimiento y la fortuna, la había compensado con los atractivos de la hermosura y del embeleso, pues venia á ser la cabeza de la mas jóven de las Gracias sobre el cuerpo de Venus.

Desde luego sentí un arrebato de zelos y de despecho al ver aquella cortesasa; y las torpes condescendencias del rey, la baxeza de aquellos nobles envilecidos, que compran con esclavizarse el derecho de tiranizar á otros, la vergonzosa infamia de los sujetos, que competian entre sí por el torpe honor de incensar al idolo; tanta insolencia por una parte y tanta vileza por otra, excitáron mi indignacion.

Pero luego me hice cargo, de que por este medio hacia favor á la interesada; y empecé á mirarla con un total menosprecio. ¿Quien pudiera presumir, que esta conducta dexase de acarrear-me el odio del viejo rey? Fué sin

embargo todo lo contrario, pues hasta entónces nunca me habia tratado, sino con aquella cortesania expresiva que le era natural; pero mis desaires lo pusieron sobre sí, y aun quizá le avivaron su apetito embotado, tanto que estuvo en mi mano el desbancar á la favorita. Mas como muger fiel, me contenté con merecer este triunfo sin realizarlo. Por otra parte, aunque el vencimiento de un monarca puede lisonjear la vanidad, debe ajarla en igual grado la competencia con una cortesana.

Esta no me perdonó la victoria, aunque yo no la habia empleado directamente en su daño; pues para entablar desde luego su plan de venganza, fué sembrando por sí misma, y divulgando por medio de sus agentes las calumnias mas perjudiciales y mas estudiadas. Mi atolondramiento era el texto, que glosaba la malicia con odiosos comentarios; me fuéron ace-

chando los pasos ; interpretáron mal mis palabras ; sacáron ilaciones de qualquiera gestion mia indiferente ; extendiéron por el vulgo de los palaciegos algunas congeturas siniestras ; y me retratáron baxo diversos aspectos , ventajosos en cierto modo , pero acompañados de algun rasgo malicioso. La calumnia , repartida por un sinnúmero de conductos , corrió por todas las clases del estado , alucinó al campesino en su choza , y regresando mas abultada y con mas violencia hácia su origen , preparó desde aquel punto la ruina en que me veo sepultada.

Esta trama se habia maquinado en los primeros años de mi matrimonio , y el carácter frio de mi esposo el delfin , su poco agasajo y el ceño freqüente que le causaba mi disipacion , autorizaban las hablillas mal intencionadas. Una prole dilatada las hubiera confundido en un pueblo , donde el cargo mas grave que se hace

al heredero del trono, es el no tener sucesor; pero como por desgracia era yo estéril, daba mayor campo á la murmuracion.

Es necesario recordar, que á mi llegada á Francia, dos hombres, célebres para siempre, y cuya suerte ha influido tanto en la mia, estaban hacia algun tiempo ausentes de la corte. El primero, el conde de *Artois* terminaba con un viage por Europa su curso de educacion; y el otro, que era el duque de *Orleans* estaba desempeñando en el gabinete de San James un encargo, que le habia confiado el rey.

Me habian hablado largamente de estos dos príncipes; y sus prendas, sus riquezas, y aun sus vicios, sus gastos y sus extravagancias les habian grangeado en las tertulias de la corte el mayor aplauso. Merecian casi en igual grado el aprecio de los palaciegos y palaciegas, pues ya encarecian sin tasa el

gracejo ligero, la amabilidad suma y la veleidad francesa del condesito; y a ponian en las nubes el brio y los primores del duque, su destreza en domar un caballo fogoso, sus vistosos trenes, sus correrías extravagantes y sus jacós ingleses.

Es bien sabido, que desde el momento de mi desposorio, me habia aprovechado del ensanche que me daba mi esposo, para desentenderme del yugo y el tedio de la etiqueta establecida por la reyna María. Mis graves azafatas, que no sabian prender una flor sino con solemnísimas ceremonias, fuéron sustituidas por muchachas, amables, vivas y lindas; y como los poetas me comparaban en sus versos aduladores con Venus, no se me hacia extraño el verme rodeada del coro de las Gracias.

Entre estas se particularizó una de la figura mas halagüeña y del carácter mas servicial, pues el desempeño que

en las otras era de obligacion , para ella era de deleite ; la menor mirada la ponía alerta , y con qualquier ademan ya estaba á mis rodillas : no parecia sino que acertaba con mis pensamientos , ántes de que yo los tuviese , y que respiraba el mismo aliento que yo. En viéndome algo triste , se le arrasaban los ojos de lágrimas , y en despejándose mi semblante , brillaba el regocijo en el suyo ; y á mas de esto decia con su natural vivacidad las agudezas mas sutiles y satíricas contra la odiosa favorita.

Como el conde de Artois era quien privaba para ella , no malograba ocasion de elogiarle , ya celebrando el atractivo de su persona , ya su graçejo y discrecion , y ya las prendas de su interior. Poníale en verdad algunos lunarcillos ; pero eran tales en su boca , que habia de parecer ménos perfecto sin ellos. En quanto al duque de Orleans , jamas lo nombraba,

y al preguntarle yo el concepto que le merecia, no hacia mas que mirarme con una sonrisa tan maliciosa, que equivalia á una sátira.

Estando pues tan prendada de esta jóven, mi corazon inadvertidamente seguia su dictámen, y así ántes de verlos, apreciaba tanto á mi cuñado como desestimaba á mi primo.

Nos hallabamos en la estacion abrazada, que hace de la frescura y sombra la primera necesidad y el deleite mas halagüeño, y al anohecer iba, con el beneplácito del delfin, á disfrutar uno y otro por las arboledas frondosas de Versálles. Mi acompañamiento en aquellos paseos nocturnos se reducía á una ó dos mugeres, sin faltar por lo comun la referida. Allí, alejando con la sombra de los árboles y la obscuridad de la noche la brillantez importuna de la grandeza, me allanaba á los desahogos de la familiaridad. Ya emboscándonos por las ses-

gas alamedas, ya sentadas sobre la alfombra del verde césped á la orilla del estanque magnífico, donde la luna reflexaba su brillo apacible, disfrutábamos á la par el embeleso de un coloquio amistoso. Mi amiguita salpicaba su agudísima conversacion con aquellos desahogos sencillos y afectuosos, que hacen asomar las lágrimas en los párpados, al paso que bañan de sonrisa los labios. El sosiego de la noche, el aroma suave de las flores con que el ambiente nos favorecia, el murmullo de las aguas, el susurro de las hojas que el viento mecia, y la edad de mi amable compañera y la mia, nos iban trayendo insensiblemente á considerar el estado de nuestros corazones. El suyo habia suspirado y estaba suspirando todavía por un objeto, que no se atrevia á nombrar; el mio no conocia el amor sino por el nombre, y hasta entónces solo habia experimentado la amistad.

Un dia, ó mas bien una noche, la vizcondesa *Natalia* (este es el nombre de mi compañera) y yo, íbamos andando despacio y en silencio por un emparrado, cuyo techo estaba muy entretejido, y cuyos pies enramados de guirnaldas de madreselva, franqueaban el paso al resplandor de la luna, mal velada entre celages; y tendiendo la vista por las calles colaterales, la alargábamos hasta el césped tupido que ciñe el estanque. Durante nuestra conversacion, que mi amiga solia hacer viniese á parar en el conde de Artois, hablamos de su regreso, que se decia muy inmediato. Creia ella, que sus viages, provechosos á todas luces, habrian realzado sus prendas físicas y acendrado su espíritu, y yo era tambien de la misma opinion, ateniéndome al dictámen de los maestros mas instruidos, y en virtud de la experiencia, pues nada desimpresiona tanto de vulgaridades á un jóven, y nada sa-

ca tanto á luz sus virtudes, como los viages.

En esto asomó por la derecha á paso vivo hácia nosotras un militar, que nos pareció de buena planta. Si el conde estuviese en Versalles, dixo Natalia, diria que era él: y sin guardar mas decoro del que solia, sea por curiosidad ó por travesura, me quise quedar sola, y la vizcondesa se retiró á un espesillo inmediato.

El desconocido se fué acercando, y á la claridad de la luna eché luego de ver, que era jóven y buen mozo, que es lo primero de que, aun la muger mas reservada, se hace cargo. Por su conversacion fina y aguda vi, que le acompañaban la viveza y el talento, y por lo selecto de sus expresiones y por las frases, corrientes solo entre la grandeza, inferí que reunia con la ventaja de su nacimiento la de una educacion muy distinguida; todo lo qual confieso que me

lisonjeó sobremanca. El concepto que yo le merecí, no fué por de contado tan recomendable, puesto que hallándome sola, tan á deshora y en aquel sitio, sin las galas de mi gerarquía, encubierta al contrario con el traje mas sencillo, no cabia el que atinase lo que yo era; y así aunque por el pronto se habia portado con la mayor urbanidad, poco á poco se fué metiendo por el trillado camino del galanteo, y vino insensiblemente á prorumpir en algunos dichos, á que ya no era lícito dar oídos. Entónces me acusé interiormente de mi imprudencia, que me condenaba á escucharle; pero aquel lenguaje nuevo, que lastimaba mi oído por la vez primera, me restituyó toda mi altivez, y despejando á medias, por decirlo así, las nieblas que me encubrian, hize enmudecer al jóven militar, confundí su temeridad y me reuní con la vizcondesa.

Enagenada con la turbacion que me causó el desconocido, se la manifesté sin rebozo á mi amiga, contándole el por menor del lance que me acababa de pasar. Hablé con enardecimiento y por largo espacio, tanto que por no sé que impulso íntimo, las expresiones del interes se interpoláron con los acentos de la altanería ajada, y despues de una hora de conversacion glosaba todavía mi aventura, ménos para lamentarme, que para complacerme en ella.

Natalia, para quien era indiferente este acaso, y podia mirarlo de consiguiente á sangre fria, y descifrarlo con tino, echó de ver la novedad de mi language, y nuestra intimidad hizo que me comunicase desde luego esta observacion. Los filos agudos de un estoque clavado en mis entrañas me hubieran sido ménos dolorosos; pero gracias á la obscuridad pude encubrir mi inmutacion. ¡Quan violenta

era la conmocion de mi espíritu, y quan vivo y extremado el encendimiento de mi rostro! El orgullo, el despecho, la cólera, y aun otro impulso mas tierno, hervian á un tiempo en mi pecho. Retiréme, desabrida con Natalia, con mi aventura y conmigo misma, y volví á buscar baxo los artesones dorados el sosiego, que ya me iba desamparando.

¡Ay de mí! demasiado cierto era que lo habia perdido en aquella noche fatal, pues la siguiente en vez de restituirmelo, no hizo mas que acrecentar mi tormento. Solia vagar contra mi voluntad por las arboledas del jardin; oia la voz del desconocido; y mis oidos se complacian en recoger de nuevo sus palabras, no las que me habian agraviado, sino las ajenas de todo desacato, y las que puede escuchar la modestia. Un embeleso, contra el qual batallaba en valde, me retrataba su figura, en la que el mas

noble señorío se hermanaba con la suavidad mas halagüeña, y sentia el soplo del ambiente, ó mas bien lo inferia por las mecidas de la rubia cabellera del incógnito, que hacian graciosas oleadas en su cabeza, descubierta con cierto encogimiento. Y quando la memoria con sus fieles relaciones pretendia desencantar la imaginacion, lastimar mi oido y amargar mi coazon, repitiéndome sus razones descomedidas, una voz interior clamaba por él, interpretaba sus intenciones y alcanzaba executivamente el indulto.

El dia siguiente se divulgó que el conde de Artois, habi ndo terminado sus viages por la Inglaterra, se habia reunido allí con el duque de Orleans, y habian dado la vuelta juntos. Al punto de darme esta noticia, entró el delfin y me la confirmó, añadiendo que debian entrambos presentarse al rey aquella misma tarde. Natalia no malogró la coyuntura de apuntar al-

gunas especies lisongeras acerca del conde; pero apenas hice alto por estar desazonada y con el ánimo preocupado.

La precision de ponerme de toda gala aumentó mi tedio, y á la hora de salir á la corte me entró un desabrimiento tan extremado, que envié á hacerlo presente al rey para que me dispensase la asistencia; pero ¿que fué de mí, quando el monarca con su numerosa comitiva asomó en mi estancia? Señora, me dixo, fuera de la complacencia que tengo, en venir á informarme de una salud que nos interesa á todos, no he podido resistir á las encarecidas instancias de nuestros jóvenes viageros, que han visto en sus correrías muchos portentos, y no traen mas anhelo que el de olvidarlos: con que tened á bieu disimular esta importunidad, atendiendo á lo que la motiva. El delfin me presentó su hermano; pero es fácil in-

ferir, qual seria su asombro al reconocer la persona, con quien la víspera habia usado aquellas expresiones descomedidas, y el mio, al hallar en él á mi desconocido. Bien se echaria de ver nuestra sorpresa; pero la presencia del rey no daba lugar á que se reflexionase sobre ella. Solo el delfin reconvinó á su hermano por su corteidad, y este salió del paso con un cumplido, que me alentó para contestarle. Pero ¡ como detesté de nuevo en aquel punto mi arrebatada inconsideracion, que me ocasionaba un sonrojo, qual si hubiera sido culpada!

Despues del conde de Artois se presentó el duque de Orleans. No acertaré á repetir sus razones, y lo único que se me impresionó de su fisonomía, fué su mirar desvergonzado, que estuve involuntariamente comparando con los ojos tímidos del conde, y que me obligó mas de una vez á baxar los mios.

Desde aquel punto desapareció mi dicha y perdí mi reputacion. Divulgóse la escena del bosque, acriminada con particularidades odiosas, y he sabido despues, que se habia tramado por la cortesana real que lo avasallaba todo, y que la vizcondesa Natalia, su indigna hechura, que á fuerza de artificios y de hipocresía habia merecido toda mi confianza, era el alma y el instrumento de aquella maquinacion infernal. Informada del regreso del conde, le habia avisado por una esquelita anónima, que *una apasionada suya se pasearia por las alamedas del parque para esperarle*. La casualidad habia en parte desbaratado la maniobra; pero los atalayas que estaban acechando mi paso imprudente, aunque no culpable, lo anotáron todo puntualmente, y juzgando del resultado por las apariencias, habian dado sus congeturas por realidades, y me iban difamando en varios libelos. De modo

que una accion indiferente, pero indiscreta y sin premeditacion, me hizo el juguete del público.

El estado de mi interior empeoraba tambien mi situacion, pues reflexionando sobre mí misma, y desentrañando mi corazon, habia echado de ver, cierta propension al conde, que me habia horrorizado. Era mi ánimo lidiar con ella á viva fuerza; pero ¿no es bien cruel y expuesto, el vivir junto al enemigo que es preciso halagar, ó junto al amigo con quien se ha de estar batallando? ¿y quien puede contar en tal caso con la victoria?

A este tiempo empezaba á disminuirse la adustez del delfin, su carácter se hacia mas afectuoso, y su hablar mas afable; todo lo qual me empeñaba al parecer en respetar mas que nunca el lecho nupcial, y á hacer mil cargos á mi corazon que se inclinaba á mancillarlo. Para aumentar las causas de mi tormento y des-

consuelo, mi cuñado el conde, arrebatado por una pasión, que yo tal vez fomentaba con el silencio y con mis miradas involuntarias, no podía ocultarla, y suministraba á mis émulos nuevas armas, nuevos triunfos á la calumnia; y á mí misma mil motivos de zozobras, de quebrantos y de remordimientos.

Murió en este intermedio Luis xv., y sucediéndole su nieto, es bien sabido, que una de sus primeras providencias fué desterrar á la escandalosa, que habia llenado de oprobio los últimos momentos del difunto rey, y aun confieso que intervine, no sin complacencia, en esta disposición justificiera.

Esta variación de circunstancias me hizo también mudar de opiniones, de recreos, de conducta y de proyectos. Luego que las sienas de mi esposo ciñeron la diadema, y que el dictado de *Delfin* se trocó en el de

Rey, me pareció que entraba en mi elemento natural y que respiraba por la primera vez. Súbdita hasta entonces, todo mi mando habia sido el de una muger amable, y la soberanía efectiva halaga con mas delicia, por ser única, que quantas puede proporcionar el atractivo de la hermosura, por ser esta una qualidad concedida á muchas de nuestro sexó. Me hice cargo, de que las tramas del tocador decian mal con la extension de mi espíritu, no llenaban la capacidad de mi corazon, y de ningun modo podian embargar por mucho tiempo mi atencion. Sin desentenderme pues del embeleso de una pasion, á la que todo debe su existencia, resolví sujetarla á esta otra, por la qual únicamente podia yo existir. ¡Quan grato es en efecto, el verse encumbra- do á tal punto, que para variar de situacion sea preciso hacer un descenso! ¡Que complacencia tan soberana

el hacer doblegar de una ojeada todas las cervices hácia la tierra, y repartir como Dios, con una palabra, la dicha ó la desventura, la vida ó la muerte!

He disfrutado esta satisfaccion, he saboreado muy despacio la copa halagüena del poderío, pues hubo un tiempo en que de mi sonrisa pendia la suerte de un estado, y en que con un ademan encendia ó apagaba una guerra. ¿Que me queda de tanto poder? el desconsuelo de haberlo exercido demasiado. ¿En donde he vuelto en mí de aquel sueño hechicero? en un lóbrego calabozo. ¡O decretos incomprendibles de la providencia!

Al extender para mi propio desahogo, no ménos que para la instruccion de mis hijos, este escrito funesto, no ha sido mi ánimo sacar á luz las interioridades de mi vida privada, ni recordar los pasos de mi conducta pública. En este infierno, donde me ha

encarcelado anticipadamente la maldad de los que nunca he ofendido, y cercada de escuchas que acechan, interpretan y glosan hasta mis suspiros, mi memoria no acierta á combinar tantas circunstancias, ni mi entendimiento á abarcar tantas especies, ni ménos mi imaginacion á revestir tantas imágenes, que puedan formar un todo verídico y arreglado. En vez de referir uno por uno todos los sucesos de mi vida, me he propuesto mencionar solo aquellos que pueden aclarar algunos acontecimientos de la revolucion, que han sido hasta ahora desconocidos, ó han estado por lo ménos envueltos en alguna obscuridad.

Miéntas la coronacion de mi esposo inclinaba todos los impulsos de mi corazon hácia el dominio, el del conde se estaba consumiendo en el fuego que yo habia encendido, y que mis imprudencias iban atizando; pero al qual no debia ni era mi ánimo cor-

responder. Es verdad que como llevo dicho, tenia que resistir á una inclinacion que me dominaba y en que se hubiera cifrado mi dicha, si el decoro y las obligaciones se hubiesen podido hermanar con ella; pero sea que la excelencia de la virtud cautivase todavía mi espíritu, ó sea mas bien, porque sofocaba á esta pasion otra no ménos halagüena, y que sin pensarlo ni quererlo, por un instinto inato en mi familia antepusiese el boato regio á las complacencias del corazon, el mio dexó de experimentar aquella especie de agitaciones, que producía el amor batallando con el deber. Entregada del todo á los nuevos placeres de mi situacion, no consideraba los otros sino como meros desahogos. Manejar las riendas del gobierno, que me confiaba el nuevo monarca, era mi felicidad, y mi galardón se reducía, á recobrar en sus brazos nuevo aliento para este glorioso desempeño.

Mi hermano político no tardó en echar de ver, que la ambicion se habia entronizado en mi pecho, en lugar de otro afecto mas apacible; mutacion, que desvaneciendo las esperanzas que le pudo infundir mi conducta anterior, le causó un pesar muy amargo. Como era muy jóven para dexar de arrebatarse por las pasiones con el ardor de la primera lozanía, muy fogoso para enfrenarlas, y muy bisono para encubrir las, me puso desde luego de manifiesto sus penas con un mirar triste y apagado; y de este testimonio mudo, en que aparenté no hacer alto, vino á parar á los suspiros repetidos y á los ademanes de desesperacion. Aun creo que se le fuéron algunas quejas y reconvenciones, como que es inegable, que de dos corazones que se separan, el último que ama es el que mas padece en dexar de amar. Por hallarnos á mi parecer en este caso, yo contestaba con chanzonetas á las instan-

cias del conde, el qual entónces substituyó los billetes á sus palabras. Leí el primero por sorpresa, pero le devolví los otros cerrados. El desconsuelo de aquel desventurado fué sin límites, pues su pasión, que hacia tiempo no los conocia, vino á ser la causa, ó á lo ménos la ocasion de su pérdida, de la mia y de la de toda nuestra familia.

Habia contraido con el duque de Orleans una especie de amistad, que la aficion á los viages, á las artes y á los placeres habia ido estrechando; y una confianza recíproca es el pábulo de estas conexiones. ¿Y qual es el amante, cuyo corazon no trata de explayarse, y á quien no parece que la comunicacion minora sus penas y dobla sus satisfacciones? El conde manifestó al duque quanto se habia prometido y quanto padecia, y este por un motivo que no puedo apurar, pero que en vista de los sucesos actuales debo atribuir á una combinacion

alevosa; este, digo, instó, estrechó y seduxo al conde, á que pusiese á su cargo el manejo de aquel negocio, cuyo buen éxito le afianzaba. Soy práctico en el corazon de las mugeres, decia el duque, es un laberinto segun cuentan; pero tengo el hilo con que se anda á pie llano, y aunque reyna, al fin vuestra cuñada es de su sexô. En breve, conde, la veréis mas blanda y ménos altanera.

Esta proposicion insolente, que me llena todavía de indignación, no me dexa contar menudamente las tentativas del duque, y bastará el expresarse aquí, que engañando á su amigo, y deshonorando al mismo tiempo en mi persona la esposa de su rey, dirigió á favor suyo las tramas infames, de que mi orgullo y mi odio me pusieron á salvo. Apénas tuve evidencia de la avilantez con que el duque ponía en mí sus ojos, no atendiendo sino á mi enojo y á mi altanería, acudí á

querellarme al rey del insulto que se me estaba haciendo. Lo erré, según he visto después, y lo estoy experimentando cruelmente en el día. Varias veces había conversado el conde conmigo acerca de sus ardores, sin que yo me agraviase, y aun había acompañado con algún consuelo las jocosidades que al paso se me ofrecían; pero yo no le aborrecía, quando por el contrario á la vista sola del duque sentía en mí una antipatía insuperable.

Luis XVI., cuya alma afectuosa estaba encubierta con un exterior adusto y un carácter grosero, apenas supo su osadía, se enfureció extremadamente. Todos los medios se le hacían justos para castigar al culpado: ya quería entregarlo al rigor de las leyes, y ya imponerle un castigo arbitrario; pero haciéndose cargo de que el delito del duque no era de la incumbencia de ningún tribunal, y demasiado indulgente para castigar, co-

mo un desafuero premeditado, el acaloramiento de las pasiones, el rey se contentó con echar de la corte y quitar de mi presencia al imprudente que me habia agraviado, desterrándole a Villers-Cotterets.

Un hombre cuerdo ó ménos arrebatado, no hubiera visto en este castigo leve, sino una prueba de bondad y un camino de arrepentimiento. Pero sea que este lance acelerase el desahogo de los principios viciosos arraigados en su corazon, sea que algunos amigos ambiciosos y cortesanos pérfidos se valiesen de esta proporcion, para antieipar el trastorno premeditado muy de antemano, intentado alguna vez y tolerado siempre por el letargo mismo del gobierno, ó sea en fin, que la providencia hubiera prefixado esta época para la revolucion mas memorable, que se ha executado entre los hombres desde que están en sociedad; en Villers-Cotterets fué, donde el duque

de Orleans ideó, preparó y juró nuestra ruina.

Desde mediados del siglo diez y ocho, uno de los mas decantados, los ánimos imbuidos de los escritos, donde se ventilaban los derechos del hombre, se establecian los deberes de los gobiernos, y se resolvian todas las dificultades del arte social; los ánimos, digo, manifestaban una decidida inclinacion hácia la libertad. Mi hermano José, que solia decir, que *su oficio era ser realista*, no estaba muy ageno de adoptar las nuevas opiniones, y aun confieso, que á no ser yo reyna, no me hubieran desagradado: como que la teórica de la independenciam, tan seductora en la pluma de Juan Jacobo y de Mably, nada tiene que ver con la práctica sanguinaria de la anarquía, y como que, digan quanto quieran los que solo exâminan la superficie de los objetos, nada se hermana ménos con

la verdadera filosofía que el *Jacobinismo*, y que es preciso ser muy insensato, para igualar á Marat con Montesquieu.

Sin embargo lo que contribuyó desde luego para preservarme del contagio del siglo, no fué tanto mi situación personal, como la que tenia respecto del duque de Orleans. El iba escoltado de los herederos indignos, ó mas bien de los hijos bastardos del partido filosófico, y yo debia tener á mi lado, como lo hice, los sujetos mas adictos á las opiniones antiguas. El se habia allanado á popularizarse, casi proclamándose defensor de los derechos nacionales, y desde aquel punto mi altanería habia ido en aumento, y me horrorizaba la independencia pública: así es muy frecuente el prendarse de un objeto, ménos por el afecto que se le profesa, que por el odio á aquellos que lo menosprecian.

Desde esta época, empezó la persecucion, ya patente ó ya encubierta, pero siempre activa, del duque de Orleans contra la persona de mi esposo y contra la mia. Hacia tiempo que habiendo alcanzado del rey el término de su destierro, habia vuelto de Villers-Cotterets, y se habia presentado en la corte, donde traté de recibirlo con agrado. Yo encubria bajo el disfraz de la indiferencia la aversion que me causaba, y él ocultaba con las apariencias de la oficiosidad, del miramiento y del respeto, el odio que abrigaba contra mí en lo íntimo de su corazon. Este estado de disimulo y de recelo mutuo era acomodado á mi altanería; pero á veces prorumpia indeliberadamente en alguno de aquellos rasgos candorosos, que se escapan del interior por la fuerza de la verdad, y que no favoreciendo en nada al duque, los iba recogiendo sin darse por entendido, seguro de hacer-

melos pagar algun dia bien caros.

El volcan revolucionario , que se iba formando hacia tiempo , empezaba á hervir y á bramar , y tardó poco en verificarse su erupcion , pues manifestándose con el alboroto de Paris del 12 de julio , corrió como un relámpago por toda la Francia. Los ministros fuéron despojados de su despotismo ; la autoridad del monarca revivia al parecer enriquecida de todos sus atributos ; y ví el instante , en que caminando por las huellas de Richelieu , la asamblea constituyente no habia quitado á las instituciones antiguas sus riquezas superfluas , sino para ponerlas en manos del rey. Pero sean las que fueren las causas de una mutacion tan repentina , nuestro enemigo mortal se apoderó de todo , y las empleó en nuestra humillacion y en su encubramiento.

Los nuevos acontecimientos habian sido en algun modo y á ciertas luces,

favorables al conde de Artois, y la necesidad de ir acordes sobre los intereses del reyno y de nuestra familia, le ofrecia la proporcion de verme á menudo, y yo lograba una familiaridad, que halagaba mi cariño sin comprometerme. Pocos dias dexaba de haber alguna junta secreta en mi quarto para deliberar con el rey y algunos vasallos leales, sobre la crisis que nos estaba amenazando. El conde, vivo, agudo, pronto de genio y de una imaginacion fecunda, hacia siempre las propuestas mas favorables, y aun por cierta travesura que no podia desagradarme, sabia amenizar la gravedad de las investigaciones políticas con un baño de pasion y de galanteo que se dirigia á mí; pero que los demas tenían por rasgos naturales de un entendimiento fino y bien cultivado.

Una tarde al salir de la sesion me entregáron una carta sin firma, sin fecha y de letra desconocida, en la

que se me pedia á nombre del duque de Orleans una audiencia secreta y particular. Era sabado , y me expresaban , que por via de respuesta afirmativa saliese el dia siguiente á la tribuna de la capilla con una media luna de brillantes en la cabeza ; advirtiéndome , que si se divulgaba la esquila ó su contenido , recaeria la venganza de aquella traicion sobre las personas de mi mayor cariño. Iba yo conociendo ya , de que atentados era capaz el duque para conseguir sus fines , y por mas que me exponga , dixen , en concederle su peticion , le he de quitar este pretexto , para darme un desconsuelo mortal y causar al imperio una perdida irreparable , pues sobre alguno de mis hijos hubiera ido sin duda á descargar la furia de aquel malvado.

Al presentarme en misa con la señal expresada , observé con todo cuidado el rostro del duque , sin que

pudiese advertir demostracion alguna que me sirviese de agüero, y viniendo luego á hacerme la corte, segun costumbre, ni por sus miradas, ni por sus ademanes y semblante pude sacar consecuencia alguna.

A la hora señalada llamáron á la última puerta de mi estancia, y me sobrecogió una especie de pasmo, el qual, aunque breve, no me dexó abrir por el pronto. No fué poca mi extrañeza, quando entrado el personaje, conocí en vez del duque de Orleans á la célebre madama de *****

Presentóse con decoro y señorío, bajos los ojos, andando despacio, y guardando un profundo silencio. Dejó que me sentase, y entre las varias sillas que le señalé con la mano, tuvo la modestia de escoger la mas humilde. Rompí luego el silencio, preguntándole los motivos de aquella audiencia, solicitada con tanto empeño y baxo una forma tan extraordinaria,

á lo qual me contestó en los términos siguientes:

Si tuviese que hablar con otra muger, y no con V. M., me valdria de aquellos medios artificiosos, que realizan tal vez á quien los emplea, al paso que envilecen al que los motiva. Para conseguir mi intento acudiria á la adulacion, tan halagüeña en qualquiera boca, y que es irresistible en la de una muger que se pone á elogiar á otra. Encareceria la agudeza, el atractivo y el gracejo de V. M., y alcanzaria por medio de una maña, indecorosa para quien la consiente, una victoria que no quiero deber sino á la razon. Deje pues V. M. de extrañar los antecedentes y demas circunstancias de este paso, pues he temido aventurar su éxito, si me valia de los medios ordinarios y comunes. V. M. quedará convencida de que nace del concepto sublime, y aun me atrevo á decirlo, de la entrañable pasion

que profeso á vestra augusta persona.

Antes de exponer á V. M. el plan, que creo ha de merecer su atencion, necesito para desvanecer todo escrúpulo, tener presente, que estoy delante de la muger mas célebre de este siglo, imágen viva de la grande María Teresa, para quien el dictado de reyna es su menor atributo, cuyo talento y cuyo carácter heroico sobrepujan al resplandor de la corona, y que sin esta hubiera siempre sido la primera muger de nuestros tiempos. Este conjunto de prendas peregrinas me animan á llegar sin zozobra, y ofrecer á V. M. un proyecto, que no puede ménos de admitirlo y apreciarlo dignamente.

V. M. conoce muy bien, y el universo lo repite, que Luis xvi., á cuyas virtudes domésticas todos hacen justicia sin dificultad, es incapaz de manejar las riendas de la administracion pública, pues andan vagando en

sus manos débiles, mientras el cargo del gobierno, arrebatado por caballos desbocados, se despeña con espantosa rapidez por el pendiente de una sima. Desmoronado ya el estado por todas partes, ¿que mano podrá afianzarlo en el momento de un trastorno general, y quando un vaiven puede causar la ruina de la monarquía entera? ¿Donde están los grandes hombres, que se necesitan para precaver tamaños desastres, y para hacer frente á un peligro tan manifiesto? La esfera política se desploma, y yo no veo los hombros de ningun Atlante para sostenerla.

Pero ¿que digo, señora? V. M. respira, y mi pais nada tiene que temer. Sí, señora: á V. M. queda reservado el honor de salvar este imperio, y á mí me incumbe el indicar unos medios, que se os harán indispensables, si la sangre de los Césares, aquella sangre soberana y genero-

sa, hierva en vuestro corazon, y que no podrán ménos de pareceros justos, puesto que son necesarios.

Si las leyes fundamentales del reyno, que la antigüedad hace mas venerables y sagradas, no excluyesen formalmente á las mugeres de la soberanía, diria á V. M., que se sentase en el trono, ciñese la diadema y empuñase el cetro, pues yo responderia en este caso de la obediencia de la nacion. Pero en esta misma nacion, tan versátil y voluble al parecer, las constituciones de la monarquía antigua merecen veneracion, y forman, por decirlo así, la preocupacion provechosa, en que se cimienta la autoridad de los reyes, y se eslabona la sumision de los pueblos; y por tanto para que una muger llegue á exercer la soberanía, es forzoso que medie entre ella y los pueblos un tercero, consagrado por el consentimiento de estos. Así lo practicáron con tan

buena maña y éxito, Fredegunda, Brunquilda, Ana de Baviera, la reyna Blanca, Catalina de Médicis, y mas modernamente Ana de Austria; y así lo prescribe la suerte á María Antonieta. . . . En esto hice un estremecimiento de extrañeza y de sorpresa, y al abrir los labios para contestar á madama de ***** me interumpió con un ademán y con estas palabras:

Suplico á V. M. no juzgue de un punto de tanta entidad por una escasa insinacion, y que se digne oír por extenso sus pormenores.

V. M. no ignora la mucha popularidad del duque de Orleans, adquirida por su llaneza, sus dádivas y aun sus vicios, pues el apurar su origen no hace al intento. El la tiene, señora; esto es positivo, y no lo es ménos que quiere utilizarla. Sí: el duque quiere reynar, ó mas bien le persuaden que es preciso que reyne; y esto con unas razones muy podero-

sas, pues le ofrecen el trono ó la muerte. Si no reyna, morirá; y que reyne ó que muera, sus consejeros reynarán siempre.

Sus allegados aprecian con admiracion á V. M., pues su grande alma los avasalla, al paso que la debilidad de vuestro esposo les repugna; y aquí se ve que la ambicion de los súbditos se fomenta con la flaqueza de los soberanos.

Hace tiempo que el duque os adora, y en este punto se considera dichoso por tener en su mano una corona, para rendirla á vuestras plantas: si la desestimais, no hay quien se la quite al duque; y aun dado que se la arrebatasen, su partido gobernaria tambien sin la reyna.

Este plan grandioso va á executarse inmediatamente: la inflamacion de los ánimos, el apocamiento de la corte, la inaccion del ejército, la debilidad del rey, todo lo está faci-

litando. Mañana mismo, señora, quinientas mil bocas proclamarán la exaltación del duque y de V. M. al trono, ó bien mañana mismo el duque triunfará solo, y V. M. quedará confundida en la nada.

Ya madama de ***** habia callado, quando todavía la estaba yo escuchando. Su avilantez mas que su propuesta habia embargado mi natural desenfado, y me hallaba fuera de mí, teniendo mis potencias sobrecogidas de una especie de pasmo. Mil ideas encontradas se atropellaban en mi cabeza, sin que acertase yo á coordinarlas y aclararlas. ¿Que muger era aquella que hablaba como reyna á la misma reyna? ¿de que carácter venia revestido? ¿quien podia sostener su inaudita arrojo, y su poderío anticipado? Yo estaba oyendo interiormente una voz que respondia á estas preguntas: el alma que acierta á gobernarse, gobierna á las demas quando lo intenta

vencer sus pasiones , regir los propios ímpetus , producir las circunstancias ó utilizarlas , encadenar la fortuna y parar su rueda movible forzando al destino ; esto es lo que da derecho para sentarse en el trono , y es reynar en realidad.

Madama de ***** atribuyendo á su verdadera causa , esto es , al asombro que su extraño arrojó habia causado en mi espíritu , el enmudecimiento que yo no acababa de vencer , se valió de él para continuar así su discurso : Estoy decifrando ese silencio y la causa de tanta admiracion : V. M. no puede conciliar el concepto , que sin duda acaba de hacer de mi carácter , con el que tenia formado de antemano por mis escritos , y en este cotejo encuentra una suma desigualdad , haciendósele muy arduo el concebir , que la escritora modesta y la muger ambiciosa puedan ser una misma persona. Señora , pudiera contes-

tar á V. M., que mis libros y mis proyectos son partos de dos facultades diversas, pues los unos salen de mi entendimiento y los otros de mi corazon; y que mi pluma sola es religiosa y filosófica, mientras mi alma se abrasa en el vivo fuego de las pasiones. Pudiera en abono de este sistema citar un sinnúmero de hombres célebres, que en sus obras han manifestado ménos los sentimientos de su corazon que las combinaciones de su espíritu. Así el apocado Corneille expresaba el alma sublime de Cina y de Cornelia, el veraz Moliere retrataba á un tramposo, y el sensible Crebillon presentaba al natural el corazon feroz de Atreo. Pero no quiero profanar con la ficcion la audiencia que he merecido á V. M. ni la hora y el sitio en que se me ha concedido. Confieso pues, que he sembrado en mis escritos la semilla de mis costumbres, y que un lector atinado y juicioso,

sin explicarme ahora mas sobre un asunto tan ageno de mi intento, sabrá desde luego sacar la verdad en claro. V. M. no ignora, que las almas grandes tienen pasiones vehementes, y que la mejor prueba que pueden dar de su esfuerzo, no es tanto el alcanzar á superarlas, como el saberlas disimular.

Levantóse, y por mas imprudente que se me hiciese la exposicion de su plan, y por mas temerarias que fuesen sus expresiones, el tono, en que las habia proferido, me pareció que las habia suavizado. Hasta entonces la estuve escuchando con mas aturdimiento que sosiego; pero su última expresion, que tuve por un flechazo dirigido contra mis indiscreciones diarias, me hizo cometer otra nueva. Mi extremado asombro habia hecho las veces de la magestad, y madama de ***** podia mirar mi silencio como efecto del menosprecio; pero la alu-

sion picante que acababa de expresar, me hizo prorumpir en una exclamacion. ¿No basta? le dixé con altivez: ¿lastimaréis mas rato mis oidos con la confesion de vuestros delitos pasados, y con la relacion de los venideros? Si me dejase llevar de mi enojo y de la justicia, no saldriais de este palacio sin recibir el castigo de este desacato; pero quede encubierto baxo mi sumo desprecio, y ya que hermanais algun decoro con vuestra mucha corrupcion, sírvaos de pena mi respuesta: llevadla al que os envia, y que extrañe todavía mas mi moderacion que su propia avilantez. — Habia yo pronunciado estas palabras con un enfurecimiento reconcentrado, que formaba con ellas una contradiccion palpable. Por un ademan imperioso le señalé la puerta; pero antes de marcharse retrocedió dos pasos, y mirándome con asombro y compasion me dixo: venia á poner en vuestras ma-

nos el hilo de vuestro destino; y ¿es por ventura culpa mia, si pudiendo formar una tela de los colores mas vistosos, le dais ciertos visos fúnebres? ¡Así la reflexión vaya desengañando á V. M. ! pues mejor enterada de sus propios intereses, hará tambien mas aprecio de este paso mio, y mas justicia á mis intenciones; y entónces tendrá menos dificultad en conformarse con ellas.

Salióse, y me dexó batallando con la mas ansiosa incertidumbre. Ya no era una pasion tierna la que lidiaba allá en lo íntimo del corazon con mis obligaciones, sino la necesidad y la ansia de reynar, que batallaban con los deberes mas sagrados. ¿Y podré yo, sin ser una esposa perjura, llenar de amargura los dias de Luis XVI., encadenarlo y envilecerlo? ¿Podré, sin ser madre culpable, olvidar y sacrificar el interes, la gloria y el poderío de mis hijos? Por recibir de manos de un usurpador la corona robada, ¿de-

xaré de ser una muger criminal? Reyna sin fe, madre sin cariño y esposa sin pundonor, ¿que confianza he de pedir, á que respetos he de aspirar, y que obediencia he de merecer á un pueblo, que exige tanto mas las virtudes de quien le gobierna, quanto él es el que ménos las practica? Con que ¿he de hacer olvidar mi origen extranjero, obscureciéndolo con mis delitos? ¿Puedo deshorrar así mi linage y la madre, á quien debo la existencia? Pero si, por desempeñar mis obligaciones y cumplir con mis juramentos, he de perder la vida; si he de abandonar el trono y verme privada de mi esposo y de mis hijos; si en premio de mi teson, quedo condenada á postrarme avasallada ante un tirano, de quien el nacimiento y las leyes me han hecho soberana... ¿Quien? ¿yo baxar del trono? no: será necesario que me despeñen. ¿Yo obedecer? antes morir. Pero ¿porque

arrostrar la muerte y recibirla, quando está en nuestra mano el darla? ¿Conspiran contra nosotros? conjurémonos contra los conspiradores, y opongamos la justicia de nuestro partido á la maldad del suyo. Correspondamos con odio al odio y con guerra á la guerra; y si en esta lid honorífica del derecho contra el desenfreno, y de la autoridad contra la rebeldía, el cielo dispone que perezca, á lo ménos moriré con gloria, sepultándome bajo las ruinas de la monarquía.

Calculado ya el ataque de nuestro contrario y combinada la defensa necesaria para hacerle frente, me preparaba á hacer la correspondiente propuesta en el consejo del rey, quando en la mañana del 4 de octubre de 1789, me notician por una carta la fuga precipitada del conde de Artois, á quien habian intentado asesinar los facinerosos. Con este fracaso se aviva la llama no bien apagada de mi corazon; el amor y el

odio se albergan en él y lo traspasan y la ambicion y la venganza añaden sus furiosos impulsos. ¡Ay Dios! ¡que tormento es traer en el pecho los elementos de las pasiones, que las circunstancias sacan á luz! ¡que agitaciones tan violentas! ¡que deseos tan encontrados! ¡que arrebatos tan contrapuestos! ¡Ah, quan caras se pagan las complacencias de la grandeza! ¡quantos desvelos se anidan al rededor del trono! ¡y quan feliz es la suerte del labrador, que acabada su tarea campestre, se recoge y manda como un monarca en su pacífica choza!

Llegó el 5 de octubre, dia funesto, seguido de otro todavía más horroroso. Tras una noche fatigosa y desvelada, empezaba á cerrar mis párpados al asomar el alba, y dormia, miéntras la cólera embriagaba á todo un pueblo y lo inflamaba contra mí; dormia, miéntras cien mil chuzos se estaban afilando para atravesarme el co-

razon. De improviso me despierta el murmullo sordo y espantoso de la muchedumbre que cercaba el palacio, y en medio del alboroto continuado distingo las pisadas de los caballos, el estruendo del movimiento de los cañones, el redoble de los tambores y los alaridos de rabia y muerte, á los quales se unia el eco fúnebre del *arrebato*. Luego mis sirvientas desgrena-
das, sin consuelo y sin aliento se atropellan en mi quarto, se arrojan á mis pies, y bañándolos en lágrimas me suplican y me instan encarecidamente, á que salve mi cabeza de los golpes que la están amenazando. Lo inminente del peligro me infundió un esfuerzo extremado, y dixé: aquí permaneceré, y en mi cama me han de asesinar.— En los brazos del rey y junto á vuestros hijos es donde debeis morir: clama una voz, que por el acento conocí ser la de madama de *****; y era ella misma en efecto. Ninguna alteracion la

inmutaba, y al darme este consejo no parecía sino que me estaba intimando una orden. Luego añadió en el mismo tono: la hora de que os hablé está inmediata, señora: ¿que pensais hacer? Morir, exclamé, mirándola con indignacion. — Mal tapada con un simple peinador corro á la puerta, y encuentro la antecámara llena de hombres armados. Un estremecimiento involuntario me hace retroceder; madama de ***** me ase de la mano, y me obliga á seguirla con aquella superioridad, que señorea á los hombres y á los acontecimientos. Hace seña á las filas para que me franqueen el paso, y me conduce al quarto de mi esposo, haciéndome pasar por medio de un sinnúmero de gente armada. Así que llegamos á la puerta; serenaos, me dixo, nada se os hará: recapacidad únicamente, quan peligroso es el ofender á quien dispone de tantos brazos y de tantas voluntades.

El por menor de aquella jornada regicida es bien sabido. La historia, como depositaria puntual del testimonio de los contemporaneos, ofrecerá el quadro grandioso y terrible de un monarca, de una reyna, de su familia real y de sus dependientes, arrebatados de su palacio por unos sediciosos embriagados de furor, de vino y de sangre, que los arrastraban cautivos en su bárbaro triunfo, atropellándolos con mil humillaciones, y ostentando (¡ que trofeos tan horrendos!) las cabezas sangrientas de sus guardias leales.

Desde entónces, todos los acontecimientos mas memorables en la revolucion, por mas que se pretextaba la independencia del pueblo, no han tenido otro móvil que el encono del duque; y así en el que yo le profeso, estoy muy agena de comprender á la muchedumbre que le servia de instrumento. Embelesada y ciega con las promesas engañosas, ha corrido

siempre tras una felicidad quimérica, á manera de Ixíon que se empeñó en abrazar una nube; por mas sanas que hayan sido las intenciones de un corto número de republicanos sabios y esforzados, por mas ahinco que hayan puesto en fundar la libertad, la ambicion ha sido muy poderosa, y ha consolidado el despotismo sobre la anarquía. En el momento en que estoy escribiendo esto, la sedicion de los comicios romanos alborota al pueblo, y la tiranía del divan está en el gobierno. Los tribunales proscriben, las administraciones confiscan, y los dos hombres mas grandes del estado son, Robespierre que sentencia á muerte, y Sanson que la executa.

Terminaré estas noticias con la relacion de una circunstancia, al parecer leve; pero á la qual atribuyo en parte la explosion que ha derribado el trono, y acarreado la prision y muerte del príncipe que lo ocupaba.

Por mas que correspondiésemos al duque en el encono, la importancia del papel que hacia y su influxo nos estaban precisando á encubrirlo; y aun era tal la confianza y la suma bondad del rey, que despues de estar el duque un año en Paris, ya casi habia olvidado los resentimientos que tenia contra él. Lo bien que habia desempeñado su comision, quando fué enviado á Londres, la especie de sacrificio que al parecer habia hecho de madama de ***** precisándola á alexarse de Francia, la buena armonía restablecida entre él y su esposa, y las continuas pruebas que nos estaba dando de su afecto; todo en fin persuadió á Luis XVI., que habia olvidado sus yerros, y que arrepentido sinceramente, estaba en ánimo de repararlos por medio de una conducta prudente y moderada. En quanto á mí, como no podia hacerme esta ilusion sobre el interior del duque, es-

taba muy agena de conformarme con mi esposo en este concepto. En el nuevo porte de nuestro enemigo no veia sino un cargo mas que hacerle, y para nosotros un riesgo mas inminente. No le hubiera temido tanto, si usase ménos rebozo en su odio, y ménos disimulo en los caminos que seguia para satisfacerlo.

La pesquisa incesante, con que acechaba sus acciones el ministro Bertrand que estaba á mi devocion, confirmaba mis sospechas, y yo me desvelaba en idear medios para alejar de nosotros á quien las ocasionaba.

Nuevos síntomas de sedicion se fueron manifestando en varias épocas desde el mes de setiembre de 1791, que fué quando el rey aceptó la nueva constitucion, hasta el 20 de junio de 1792, dia en que la anarquía se levantó contra el rey, para hollar con su planta destructora su persona y su dignidad; dia en que por una combinacion inaudita

se vió el gorro sangriento del desenfreno unido en una misma cabeza con la corona monárquica.

Algunas semanas antes el rey, queriendo reorganizar la marina, casi destruida por la furia revolucionaria, hizo una promoción de almirantes; y sea por política ó por justicia comprendió al duque de Orleans, á quien el ministro de aquel ramo participó su nombramiento. El duque se mostró gozosísimo, y por el conducto del mismo ministro nos pidió al rey y á mí, nos dignásemos admitirle á darnos las gracias. Ya ves que vuelve á buscarnos, dixo Luis XVI. alargándome el pliego, y soy de dictámen de que le recibamos con muestras de aprecio. El agrado es un medio irresistible para las almas que no están empedernidas, y así te encargo trates bien á mi primo.

El día siguiente vino el duque á la hora de la corte; pero quantos la componian indignados de verle en un

sitio, contra el qual estaban persuadidos que no cesaba de conspirar, le hicieron un desayre muy pesado. Se agolpáron á su rededor, lo estrecháron y apretáron, forzándole á cejar hácia la puerta: pasó luego á mi quarto, y se repitió la misma escena con circunstancias todavía mas desagradables. Puesta la mesa, al presentarse el duque, gritáron, que nadie se acercase á ella, como para darle á entender el recelo de que envenase sutilmente los manjares. El duque enfurecido se retiró sin haber recibido audiencia; nos atribuyó los sonrojos que los palaciegos le habian hecho; nos juró de nuevo un odio implacable, y contó con exterminarnos, valiéndose de los instrumentos de venganza que tenia en su mano. Empezó á cumplirlo así en el 20 de junio, y acaba de desempeñar en parte su juramento en el 21 de enero. Preven, Felipe, tus aceros y afila las cuchillas de tus sayones, pues

todavía te quedan cabezas que cortar: el hijo de Luis XVI. aun respira, y tú no reynas.

NOCHE UNDECIMA.

Esta es, dixo la reyna despues de la lectura del manuscrito, que acabo de extractar, esta es una de las principales causas de la revolucion. Me hago cargo de que en el punto de fermentacion, en que los enciclopedistas y los economistas habian puesto los ánimos, era ya imposible, que la crisis, de que debia resultar una gran mutacion, no asomase tarde ó temprano, y no aclarase los problemas filosóficos que habian dado tanto que discurrir. Pero sin la reunion accidental de la floxedad del rey, de la competencia suscitada entre su hermano y el duque de Orleans, y sin que yo hubiese tenido la inconse-

quencia , de tratar á la ligera los negocios mas graves , y con ahinco los mas frívolos , no solo se hubiera dilatado la época de las inovaciones , sino que verosímilmente no hubieran salido á luz las pasiones viles y feroces , que la corrupcion engendra en las grandes sociedades , como los vapores pestilentes que se exhalan del cieno revuelto de los pantanos. Conservada la corona , se hubieran cercenado los abusos que la deshonoraban , aumentándose por el contrario el patrimonio de sus utilidades y beneficios. Las leyes fundamentales del estado , sin las cuales se asemeja á un edificio sin cimiento y sin argamasa , se hubieran establecido solidamente : el poder ministerial , ceñido á sus justos límites , no hubiera sido sino la accion viva y responsable de la ley : sin recurrir á impuestos , gravosos para los pueblos y de poco provecho para el gobierno , se hubiera llenado poco á

poco el descubierto en que se hallaba el estado: la moderacion en el sistema diplomático, hubiera engendrado ménos competencias y ménos guerras: y respetada por las demas naciones y bien hallada en su interior, la Francia hubiera venido á ser la morada de los talentos, de las virtudes y de la felicidad. Tal es, si no me engaño, el bosquejo abreviado de un régimen verdaderamente republicano, el qual no es mas que la humanidad universal y la hermandad evangélica, infundidas en el órden social, y que puede subsistir, como lo acreditan Esparta y Roma, baxo el gobierno de un rey, mas no sin el honor y sin las virtudes. A pesar de este quadro tan consolador la mano de una furia desenfrenada está señalando en la Francia con sangre y lodo el ámbito, en que somos al mismo tiempo actores, espectadores y víctimas. La tiranía, semejante á aquel árbol cuya sombra

causa la muerte , se ha arraigado en París y en las ruinas de un gobierno quizá desarreglado , pero fácil de rectificar, y extiende sus ramas funestas de extremo á extremo del territorio frances. ¡ O blasfemia rídica! condecoran este sistema de opresion con el dictado de república ; al mismo tiempo que la nacion está encadenada, entonan cánticos á la libertad ; el asesino pronuncia con su boca ensangrentada la salutacion fraternal ; y el grato nombre de igualdad se lee en la fachada del palacio de los déspotas de la Francia. Disimulad esta digresion y estas exclamaciones , pues á nadie debe disonar el que suspire un agonizante. Vuelvo á la relacion de las circunstancias , que me pertenecen peculiarmente , ó en las cuales he intervenido desde la muerte de Luis XVI.

Dos comisarios de la municipalidad tuviéron el encargo de noticiarmela. Uno de ellos era el famoso Hebert,

á quien la naturaleza, por una contradiccion en que afortunadamente no incurre á menudo, dotó de una alma furibunda y sanguinaria, encubierta baxo el exterior mas agraciado. Mis niños y mi hermana estaban reunidos al rededor de mí, quando él y su compañero entraron en mi quarto. Harto cerciorados de la suerte de mi esposo desde la víspera, en que habiamos recibido su despedida y sus últimos abrazos, gemiamos y llorábamos incesantemente; la esperanza sin embargo moraba todavía en el corazon de Isabel y de mis hijos. No, hermana, me decia aquella, no; jamas se atreverá la mano sacrílega del verdugo á profanar la cabeza de mi hermano. Han querido mostrarle de léjos el cadalso, para convencerle, de que los reyes no son sino unos hombres; pero saben muy bien, que ese hombre que fué monarca, no es delinquente; lo devolverán á los ca-

siños de su familia , y conceptúo que este mismo extremo de desventura en que nos hallamos , nos va abriendo la puerta para llegar á la felicidad. Sí ; nuestro cautiverio se está terminando , y si la grandeza y la pompa del trono vienen á faltarnos tras la infamia de esta cárcel , saldremos á lo ménos para disfrutar el sosiego de la medianía. De este modo aquella alma angelical , incapaz de concebir el delito y de sospecharlo en los otros , se adormecía en una seguridad engañosa. La mia , ménos alucinada , carecia de tranquilidad , y mi vista asustada iba repasando las épocas memorables de la revolucion , comparándolas á los actos de una tragedia , cuyo asunto fuese la conspiracion de los ambiciosos contra la exístencia de un trono y la vida de un rey. Nos acercábamos á la catástrofe , y juzgando de la actualidad por lo pasado , todo me representaba á mi esposo de-

baxo de la cuchilla fatal , sin que nada pudiese salvarle. ¿ Acaso Orleans se habia desprendido de su vileza desenfrenada ? ¿ Robespierre , de su espantosa dictadura ? ¿ la municipalidad , de su despotismo degollador ? ¿ y la convencion , de su embriaguez ambiciosa ? ¿ Habia el pueblo recobrado su poder , y como realmente soberano , iba por fin á destronar á sus tiranos ? No : los tiempos no habian variado , ántes bien el trono de hierro de los asesinos se iba consolidando en medio de la sangre , y la de un monarca debia contribuir mucho para su seguridad.

El aspecto de Hebert y su silencio confirmáron estos presentimientos horrosos , pues por mas empedernido que estuviese su corazon , no pudo ver sin conmoverse , á la hermana y los hijos de su rey , postrados á sus pies , bañándolos de lágrimas , estarle pidiendo á un hermano querido y á un padre adorado. Yo

entretanto en pie, inmóvil y con los ojos puestos en el cielo, culpándole del abatimiento de mi familia y de la insolencia de nuestros verdugos, estaba esperando que este se explicase. Lo hizo por fin con una moderación, que no era de esperar de semejante hombre; pero no bien profirió aquellas palabras fúnebres, *Luis no existe*, cuando fué testigo de un espectáculo digno de eterna compasión. Mi hermana y mi hija, rendidas por el extremo de su quebranto y de su ternura, cayeron mortales á los pies de Hebert; mi hijo fuera de sí, se arrojó desesperadamente á mis brazos, ahogado por los sollozos y sofocado con sus lágrimas. Yo creía que ya se había agotado el manantial de las mias; pero al sentirme bañada con las del hijo, corrieron de nuevo, y conocí también, que se amortiguaba y apagaba el furor que ardía en mi pecho. Esta situación, que duró mas de una hora, hizo prorumpir en sus-

piros, y aun creo que en lloros á los feroces satélites de nuestros matadores, y Hebert nos dexó, indignado de reconocerse todavía sensible.

¿Como he de expresar, y con que colores puede pintarse lo que pasó, quando Isabel y mi hija volviéron en sí? Por el pronto no se oyó otro que lamentos, alaridos y suspiros: enagenadas con el delirio de nuestra pena, prorumpimos en imprecaciones, para dar algun desahogo á nuestros afligidos corazones. La apacible Isabel, cuyo carácter, inalterable hasta entonces, no podia estarlo á la vista de un atentado tan horrible, repetia los votos que me dictaba mi ciego furor. ¡Ojala, deciamos, esta cobarde y ale-
vosa ciudad, que en cada monumen-
to ofrece la memoria de un delito,
quede en breve borrada del universo
pues lo está deshonrando; y si el hier-
ro vengador de los extrangeros no
puede asolarla, destrúyase ella misma

con sus desavenencias interiores ! ¡ Así los asesinos de un monarca desventurado se devoren mutuamente , disputándose un poder usurpado ; y así renazca sobre sus cadáveres palpitan- tes la autoridad legítima , que por tanto tiempo hizo feliz á la Francia !

Poco á poco se fué mitigando el dolor de nuestras llagas : la ternura candorosa , el habla suave y los halagos de mis hijos , trocaron nuestro desconsuelo en una melancolía lastimera. Nos oprimia la tristeza ; pero era aque- lla tristeza llevadera y penetrante , que es el pábulo de las almas sensibles. Nuestros ojos derramaban siempre lá- grimas ; pero estas no carecian de sa- tisfaccion , y á veces una agudeza de Carlitos , ó el natural candor de mi hija , hacian asomar la sonrisa en nuestro semblante , á manera de una ráfaga de luz que atraviesa una nube lluviosa.

Ya nos permitian otra vez aque- llos entretenimientos , que hermosean

y realzan nuestro sexô en la prosperidad, y lo consuelan en la desdicha. Mi hermana dirigiendo los primeros ensayos de mi hijo, enseñaba á su mano inexperta, á sacar con el lápiz la imágen viva de su padre, y yo acostumbraba á mi hija á hermanar su voz tierna y flexíble con el eco de los instrumentos. Muchas veces sentada al piano, olvidando mi grandeza pasada y mi presente situación, y entregándome al embeleso de una cavilacion afectuosa, hacia que las teclas expresasen mis suspiros. Solia acompañar sus sonidos melancólicos con los de mi voz alterada por los contratiempos, y mi familia atenta interrumpia solo con sollozos estas lamentables cantinelas:

ROMANCE DE MARÍA ANTONIETA.

¿Quién alivia de mi vida
Los peşares y tormentos?

¿Quién puede de mi triste alma
Mitigar el desconsuelo?

Tú, cuya adorada imagen
Vive y respira en mi pecho,
Y me hace hallar la dicha
En este lóbrego encierro.

Quando tus reales manos
Cargaron los viles hierros,

¿Del rigor de tu mal hado
Te quexaste acaso al cielo?

Víctima de los tiranos,
Supiste con tu denuedo,

Recibiendo muerte heroica,
Trocar el cadalso en templo.

Y yo, tu fiel compañera,

¿Por mi suerte estoy gimiendo?

¿Tendré á deshonra el suplicio,
Al mirar tu ilustre exemplo?

No; mi corazon constante
Merecerá eterno aprecio,

Y nunca de tus verdugos
Besaré sumisa el cetro.

Al tender sobre esta cárcel
La noche su triste velo,

Haz que mi espíritu ansioso
Recobre el dulce sosiego:
Muéstrame tu amada imágen,
Y absorta, el fingido acento
De tus labios escuchando,
Mi dicha hallaré de nuevo.

Luis, ampara á los tuyos
Desde ese celeste asiento,
Pues tu hija, esposa y hermana
Claman por un niño tierno,
Para que de sus sayones,
La altiva frente abatiendo,
Pueda recobrar un dia
De sus mayores el reyno.

Sí, mi hijo iba creciendo para reparar los desastres de su pais, y yo, llevada del cariño maternal, me desvelaba, qual ayo cuidadoso, á fin de formar un caudillo digno del estado. La aplicacion y docilidad de mi hijo me alentaban á continuar en mi empeño, y su aprovechamiento y sus luces lo recompensaban suficientemen-

te. ¡Con quanta satisfaccion y esperanza estaba yo contemplando, como medraba á mi vista y al abrigo de mis brazos aquella planta querida y preciosa, de quien pendia en mi concepto la suerte del imperio y el honor de nuestra casa! Tú serás el vástago precioso, le decia estrechándole en mi seno, que realzará los timbres de tus dos linages. La Europa entera está esperando un hombre grande; sólo tú, y constitúyete el redentor político que corte los lazos de esa esclavitud vergonzosa, en que la sedicion ha puesto á la Francia. Clodoveo, Carlos Martel, Carlomagno, San Luis, Henrique IV. y Luis XIV. te están mirando con ojos paternales, y te abrigarán con sus alas protectoras. Si peleas, vencerás; y en cambio de la vida que me debes, devolverás á tu madre el honor y la tranquilidad.

Para infundir á este niño los sentimientos útiles y las nobles propen-

siones de que esperábamos tantas ventajas , resolvimos mi hermana y yo, tributar á la autoridad real , que segun las leyes antiguas de la monarquía residia en su persona , toda la veneracion , que tan augusta magistratura impone de derecho y de costumbre. Pero á fin de labrar con demostraciones religiosas el ánimo y el corazon de mi hijo , y para arraygar en su entendimiento los deberes y prerogativas de aquella gerarquía , á que le encumbraba su nacimiento y de que le defraudaban , como ibamos á manifestarle , los acontecimientos , quería yo que un aparato magestuoso , y en quanto fuese dable la pompa de una ceremonia consagrarse para siempre esta memoria. Pero la situacion deplorable á que estábamos reducidas , y el extremo de nuestro desamparo me imposibilitaban el cumplimiento de tan justos anhelos. Nuestras relaciones con vos y con vuestros amigos estaban cer-

tadas, y de quantos al parecer se habían interesado en la suerte de Luis XVI. durante su vida, ya solo veíamos á Michonis y á Toulan, que por su ministerio venian algunas veces al Temple; y aun este, por ser sospechoso á la municipalidad, estaba siempre fiscalizado por un compañero, que no se apartaba de su lado.

Michonis era el único que me quedaba, y como hacia tiempo que estaba enterada de su carácter y su corazón, podia manifestarle con toda confianza mis intenciones. Mostróseme gozosísimo, pues aunque no es á propósito para idear cosas grandes y concebir proyectos sublimes, á lo ménos es hombre que se acalora con ellos, los abraza con entusiasmo y los desempeña con actividad. Nunca olvidaré el cariño que me está acreditando de continuo; pero mi hijo olvidará todavía ménos el que le demostró con pruebas tan terminantes en aquella ocasion memo-

rable y peligrosa. En efecto, no solo se dedicó á reunir y traernos pieza por pieza quanto era necesario para la celebracion de la solemnidad, sino que se valió de todos los arbitrios y practicó todas las diligencias, para que no quedando reducida á una vana representacion, acompañase á la magnificencia ostentosa, que podia impresionar á mi hijo, la realidad de los misterios que debian hacerla legítima y provechosa.

Nos faltaba para esto un prelado, que al valor de haber resistido á las inovaciones cismáticas, añadiese el de presidir á esta augusta, pero expuesta funcion. En esto hubo muchas dificultades, que vuestra presencia hubiera sin duda allanado, y que por fin fué venciendo el extremado zelo de Michonis. Habia averiguado, que á pocas leguas de Paris y en el rincon de una quinta desconocida, el obispo de Saint ***** despues de haberse sal-

vado de las tormentas de setiembre, estaba sosegadamente esperando el término de las turbulencias públicas y el principio del buen orden. Fué á avisarse con aquel prelado, al qual por informe suyo habia yo escrito al intento estrechándole sobre manera, y uniéndose en el corazon de aquel siervo de Dios la voz de la religion con el afecto á la sangre de su rey, aceptó como enviado del todo poderoso, el encargo que yo requería de su zelo, y se aplazó el dia para desempeñarlo.

Con arreglo al ceremonial prescrito por M. de Saint ***** un ayuno de ocho dias, acompañado de plegarias particulares y de instrucciones diarias, habia preparado á mi hijo para recibir de manos de la Iglesia la consagracion del poder, que Dios y la nacion francesa han colocado en su familia. Su tia y yo, despues de haberle impuesto en las obligaciones de un

monarca, empezábamos á irlo habituando al acatamiento, que imponen los de esta gerarquía á quantos les rodean. Su hermana no le trataba ya con aquella familiaridad afectuosa, que la naturaleza y la sangre infunden á los niños, y yo misma me veia inmediata á hablarle, no tanto como madre que idolatra á su hijo, sino en términos de reyna que reverencia á su rey. ¡Efecto lastimoso de la grandeza! quan caro haces pagar el encumbramiento á que remontas á tus privados, puesto que no pueden gozarlo, sino desentendiéndose de las caricias de la sangre y de los halagos de la naturaleza.

Al anochecer de la víspera del dia, que debia restituir un rey á la Francia, hicimos que el delfin se acostase, para que pudiésemos hacer nuestros preparativos con mayor desahogo, y para que al despertar como particular, se encontrase de repente con

la magnificencia ostentosa del solio.

Tocaron á retiro, y los carceleros se marcharon, segun costumbre, á descansar, excepto un llavero, á quien Michonis habia tenido que hacer en parte su confidente, el qual no se maliciaba, que el abrir la puerta á un municipal, como á veces sucedia, fuese mas que para mitigar, con las visitas secretas y conversaciones amistosas, el tedio de nuestro largo cautiverio.

En ménos de una hora mi quarto, adornado por mis manos, quedó transformado en capilla, en medio de la qual colocamos una grande mesa en forma de altar. Un tapiz de seda encarnado y blanco, colores apropiados á la potestad soberana, tendido con grandes pliegues por la pared, venia á reunirse en el centro del techo, baxo un cortinaje orlado de oro. En el altar, adornado por el mismo gusto, habia una cruz roxa, que centelleaba

con un sinnúmero de luces. A la derecha, pusimos en una mesita, cubierta con un tapete vistoso, el libro de los evangelios, abierto en el que se lee en la consagracion de los reyes, el cetro real, la mano de la justicia, una espada desenvaynada, y la venda misteriosa, que fué siempre el primer símbolo de la soberanía. A la izquierda en otra mesita habia una urna sepulcral, alumbrada por una lámpara lúgubre y cubierta con crespon; y sobre ella una corona de estrellas radiantes. En el altar estaba un quadro con el escudo de Francia, cercado por una nubecilla.

Mi hermana, mi hija y yo estábamos enlutadas, como correspondia á nuestra situacion y á la magestad dolorosa de la ceremonia, que se estaba preparando.

Como á media noche, cierto rumor lejano nos avisó la llegada del celebrante. Entró acompañado de Mi-

chonis y de Toulan , que se mostraron sobrecogidos con el espectáculo que se ofrecia á su vista ; pero el prelado sin mas razones que las indispensables para el desempeño de su ministerio , se revistió de sus ornamentos pontificales. Preparado ya todo, nos requirió en nombre del Dios de las naciones y de los exércitos, que fuésemos á despertar y traer ante el ara sacrosanta al delfín.

Su hermana postrada delante del monumento de su padre , imploraba la divina misericordia , mientras Isabel y yo entramos en la torrecilla , en que estaba durmiendo sosegadamente. Al contemplar sus facciones serenas y expresivas , y al reflexionar en las circunstancias , que lo habian puesto en aquella situacion , sentí mis ojos bañados en lágrimas. Duermes , decia yo en mi interior , á pesar de los sayones que se desvelan por tu ruina , á pesar de los satélites desafortados que cercan tu le-

cho, á pesar de los cerrojos que te encierran, y estás disfrutando, con la quietud de tu espíritu y la inocencia de tu edad, el alivio del sueño. Venimos sin embargo á arrebatarte de su plácido embeleso, para sentarte en un trono: para tu dicha y la de tu pueblo van á ceñirte nuestras manos la diadema. ¡No permita el cielo que se frustren nuestras esperanzas y nuestros deseos! ¡Ojala aleje de tí las desgracias, que al parecer está anunciando quanto te rodea, y siendo mas tiempo monarca, seas ménos desventurado que tu padre!— Llorábamos mi hermana y yo amargamente, quando de improviso en un arrebatado de cariño y de congoja, me inclino hácia el rostro de mi hijo, y lo baño entre mil besos con mis lágrimas. Despiértase algun tanto sobrecogido, y luego, alargándome sus manos, desvanece con sus abrazos mis temores, y corresponde á mis hala-

gos. Su fortaleza me comunicó la que me faltaba, y empecé á sentir que mi alma se engrandecía y se realizaba, con la perspectiva de ir á ser en realidad madre de un rey. Con la ilusión del orgullo y de la ternura, le estaba ya viendo en medio de una corte brillante, dictando sus sabios decretos desde la cima de un solio, conservado por mis desvelos. En aquel punto le participé su nuevo destino, y le exhorté á merecerlo; á lo que se me mostró agradecido, pero de un modo que parecia indicar, estaba persuadido de que, restituyéndole el trono, no hacian mas que satisfacerle una deuda. Su vestidura lúgubre se trocó en otra, cuya blancura correspondia con su inocencia; la rubia cabellera le ondeaba por los hombros; y acompañado de su madre y su tia entró en la capilla con recogimiento, descubriéndose en su exterior apacible algunos asomos de gozo y de altanería.

El venerable prelado estaba esperando su llegada para dar principio á los santos misterios, y empezó su celebracion, recordando á nuestros ánimos, y ofreciendo al supremo Hacedor la memoria de mi ilustre y desventurado esposo. Nuestros suspiros acompañaron los votos del sacerdote, y nuestras lágrimas se mezclaron con sus plegarias. Interrumpióse el sacrificio, para santificar con el ceremonial eclesiástico la dignidad de mi hijo. Presentado por su madre y sostenido por su hermana, se acercó al altar y se arrodilló con acatamiento, y el prelado despues de dichas las oraciones, á las que respondian en voz baja el consagrado y los asistentes, hizo los signos de rúbrica y las abluciones necesarias, y ungió al delfin con los oleos sagrados. Al paso que mi hijo los recibia, el ministro le iba revistiendo con los ornamentos reales, y en fin despues de haberle ceñido la

diadema en las sienes, le dirigió estas palabras:

Príncipe, en nombre y en presencia del Dios vivo, y por voluntad expresa de vuestra madre la reyna, os confiero de parte de la iglesia la consagracion de una dignidad, que el nacimiento, las leyes de la monarquía, y la voluntad pública os han transmitido. Nunca os valgais de ella sino para la felicidad de vuestros vasallos, para que prosperen las virtudes cristianas y para vuestra propia gloria. La providencia, que sin duda os tiene reservado el mayor encumbramiento, ha dispuesto que recibieseis la corona en el mismo sitio, en que el rey vuestro padre perdió la suya. Príncipe, ahí está vuestro trono y aquí su túmulo: al mismo tiempo en que subis al uno, oid la voz que sale del otro, pues es la de una sombra por siempre amada. Hijo mio, os está clamando, trata de ser realmente mi

heredero, y mi digno sucesor, empleando tu poderío en arraigar la felicidad. La he legado á mi pueblo, y como executor de mi testamento debes cumplir con este encargo. Procura precaver los males con cautela y mansedumbre; ataja los abusos sin acaloramiento, y castiga los delitos sin enojo. Reverencia, hijo mio, ama, apadrina y premia la virtud, que modesta y sosegada suele morar en las chozas mas bien que en los palacios. Afánate en buscarla, y su hallazgo será el galardón de tu trabajo. Huye de los aduladores, para que no emponzoñen tu juventud, ni estraguen tu inocencia. Desecha léjos de tí á los que te inciten á la venganza y á la injusticia. Sé indulgente con los descuidos, clemente, quando tú solo seas el agraviado, y moderado en tus palabras, en tu conducta y hasta en tus pensamientos. Dedicá un día á la justicia; pero consagra lo restante de tu

vida á la benignidad. — Príncipe, este es el libro sagrado de los evangelios, sobre el qual vais á articular el juramento, de hacer feliz al pueblo. Aquí está el cetro, que no debe levantarse sino en nombre de las leyes y por el bien comun. Esta es la mano de la justicia que le acompaña de continuo, para manifestar, que la potestad soberana de nada sirve sin la equidad. Aquí está la diadema augusta, símbolo peculiar de la primera magistratura, y que imprime en vuestras sienes un carácter sacramental é invariable. En fin aquí está la espada, que no se debe desenvaynar, sino contra los enemigos interiores y exteriores del estado: que los escarmiente, si puede ser, sin que los castigue, y sobre todo que esté siempre pronta para defender al hombre de bien. — A estas palabras el prelado, despues de poner á mi hijo el tahalí, le lleva hácia un hucco de la capilla, y al abrir-

lo se aparece un asiento elevado, al qual sube el nuevo monarca. Apenas se sienta, el ministro se postra á los pies de su rey; nosotras nos hincamos igualmente de rodillas, y desaparece la madre, convertida ya en vasalla. La nubecilla que obscurecia el escudo de lis se desvanece, el nombre de LUIS XVII. brilla en medio, y lo repiten nuestras bocas. ¡Quantas lágrimas de gozo derramé en aquella noche memorable! Ya madre feliz, olvidé que era esposa desdichada, pues el trionfo ilusorio del nuevo rey me consoló de las desgracias demasiado reales de su padre.

M. de Saint ***** iba á terminar la celebracion de los santos misterios; pero antes de consumarlos nos sobresaltó un estruendo confuso. — El lance que sigue, pareceria de novela en qualquiera relacion que no fuese la mia, y en esta misma no se hará muy verosímil; mas no por eso dexa de

ser muy cierto. — El ruido se aumenta y se viene acercando; y quando abriéron el cancel exterior de mi quarto, nos agolpamos al rededor del rey. Empujan la última puerta, y con una sorpresa indecible reconozco, que viene con un empleado municipal el perseguidor sempiterno de nuestro linage, el infame duque de Orleans.

A su aspecto me abalanzo al trono con ánimo de amparar á mi hijo; pero este habia ya sacado su espada, y se adelantaba á defenderme. Isabel se coloca con mi hija delante de nosotros, y el prelado y nuestros leales comisarios salen al encuentro al duque para reconvenirle. Es mas fácil el figurarse que el describir, la expresion extraña y varia que reynaba en su fisonomía, inmutada á un mismo tiempo por el asombro, el despecho, el furor, y por una especie de premeditacion horrorosa de odio, de venganza y de ferocidad.

Con el pasmo que le causó aquel espectáculo inesperado habia enmudecido, y tendiendo acá y allá su espantosa vista, venia luego á fijarla en el nuevo monarca. Y pues, tirano, le dixé, ¿le conoces? es mi hijo, único y legítimo heredero del rey que tú has sacrificado. A despecho de tus genízaros y verdugos, mi hijo respira y es rey. Sí, monstruo, tú has asesinado á Luis XVI., y si estás sediento de la sangre de otro rey, degüella tambien á este, porque es Luis XVII. Pero ¿que digo? no tendrás este bárbaro arrojo, pues el instante de su muerte seria el término de la tiranía. Seducido por tu respeto hipócrita á las leyes, y descaminado por el entusiasmo con que tú lo embriagas, el pueblo que vió fenecer á mi esposo en un cadalso, lo conceptúa reo; pero ¿puede acaso mirar como tal á un niño, que no ha conocido en su vida mas que las des-

dichas? Felipe, contempla este sitio, que está lleno de tus maldades y de mis penas. Aquí fué, en este mismo quarto, donde tu rey, destronado por tu alevosía, pasó largos dias de amargura; aunque debian de hacérsele ménos dolorosos que á sus pérfidos cortesanos, supuesto que te hallabas entre ellos, atormentado por los remordimientos de tu conciencia. ¿Ves esa silla? ahí es donde, despues de haber batallado en congojosos paseos con el tedio de sus reflexiones, solia tomar algun descanso, y se entregaba á las caricias de sus desventurados hijos. ¿Ves esa mesa? sobre ella, y casi diciéndole yo, empezó ese testamento inmortal, que es un timbre para él y un borron para sus perseguidores. El te perdonaba, cruel, y tú lo has asesinado.... ¿Te estremeces? tiembla mas y mas, iniquio, al contemplar esa urna funeral, monumento doloroso de la afliccion de su espo-

sa, del cariño de su hermana y de la piedad de sus hijos. ¿Sabes que encierra los mas preciosos recuerdos? Este es el postrer escrito suyo, y su última despedida: estos son cabellos suyos cortados por el verdugo, y recogidos por una mano leal: este es su retrato.... Felipe, míralo, si te atreves. Esas son sus facciones bondadosas, y esa es aquella boca, de donde saliéron tantas palabras de clemencia y tan pocas de rigor. Pero hoy se desentona contra tí: Usurpador, te dice, he podido perdonarte mi muerte; pero nunca el robo que estás haciendo á mi hijo. Este hijo es rey por el poder de Dios y por la voluntad del pueblo; baja del trono, dexa que le ocupe tu monarca, y pósttrate en su presencia.

El duque despavorido quiso contestarme, y sus labios tartamudeáron algunas palabras; pero de modo que no pudiéron oirse. Salgamos, dixo á

su guía, dirigiendo á mi hijo y á mí una mirada horrorosa. Ya solos, Toulain no quiso encubrirnos la nueva tempestad que nos habíamos acarreado; pero al paso que crecía el peligro, iba creciendo también nuestro esfuerzo, y el prelado no nos dexó sin haber derramado sobre nosotros, con las bendiciones del cielo, la esperanza que consuela y la fortaleza que sostiene.

El día siguiente, á poco de haberse levantado el rey, el comisario de guardia me entregó una carta, cuyo contenido es el siguiente:

CARTA DEL DUQUE DE
ORLEANS A LA REYNA.

(Documentos justificativos, núm. 20.)

„SEÑORA:

La cólera no ocasiona sino la

reguedad de quien se dexa avasallar por sus impulsos , y suele excitar la venganza de aquellos contra quienes se dirige. La que dominaba ayer á V. M. me imposibilitó el manifestarle el obgeto de mi visita. La especie de embeleso que le causó una ceremonia , tan ilusoria como expuesta , no le dejaba darme oídos. Disculpo al acaloramiento de V. M. , que no puede olvidar que fué reyna , y que se cree madre de un rey. V. M. conoce sobrado el corazon humano, las pasiones que lo predominan y el órden de los acontecimientos , para ignorar, que el verdadero rey , es el que manda , y que el hijo de Luis XVI. preso , no es mas que un esclavo ilustre. Vos sois tambien esclava , señora: me es sensible el recordarlo , y no os lo hago presente , sino para proporcionaros el olvidar que lo habeis sido. Sed árbitra de vuestro destino; mas digo , sentenciad sobre el de vues-

tra familia y casa, y estrechemos los vínculos de nuestra sangre con los de un enlace, del qual pende la felicidad pública. No os hablo de mi amor, que puede con el tiempo haberse disminuido, y que vuestra esquivéz ha ciertamente entibiado, porque vuestra situacion no me permite hablaros de esto. Pero si no es decoroso el tratar de cariño, es útil el desvelarse por vuestra seguridad, que hablando sin rebozo, está en gran peligro, no ménos que vuestra familia. ¿Por dejarse llevar de esa alternería, apreciable de suyo, pero intempestiva, sacrificaréis lo que mas estimais en el mundo? La vida, la libertad, la opulencia y la grandeza tienen mucho atractivo, y no alcanzo que el abatimiento, el desamparo, la esclavitud y alguna cosa todavía peor, les sean preferibles. Anhele con ansia, que V. M. sea de mi dictámen, y el suplico me devuelva el original de

esta carta incluyendo su respuesta.

Tengo el honor de ser , señora , &c

L. F. Jph. IGUALDAD.,,

Saqué copia de esta carta insolente y contesté al miserable que habia tenido la osadía de escribirla , en estas pocas palabras.

CONTESTACION A LA CARTA
ANTECEDENTE.

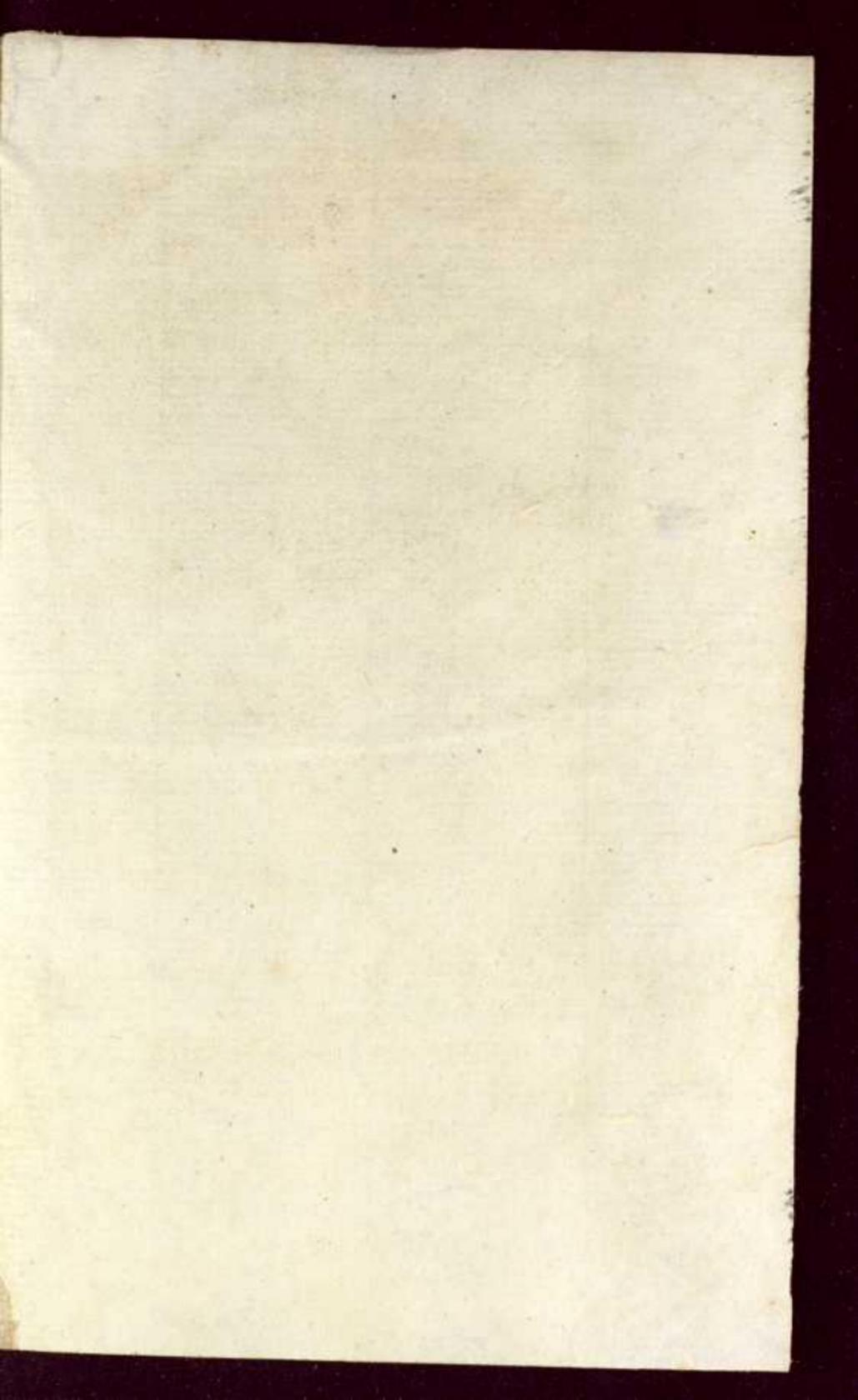
(Documentos justificativos , núm. 21.)

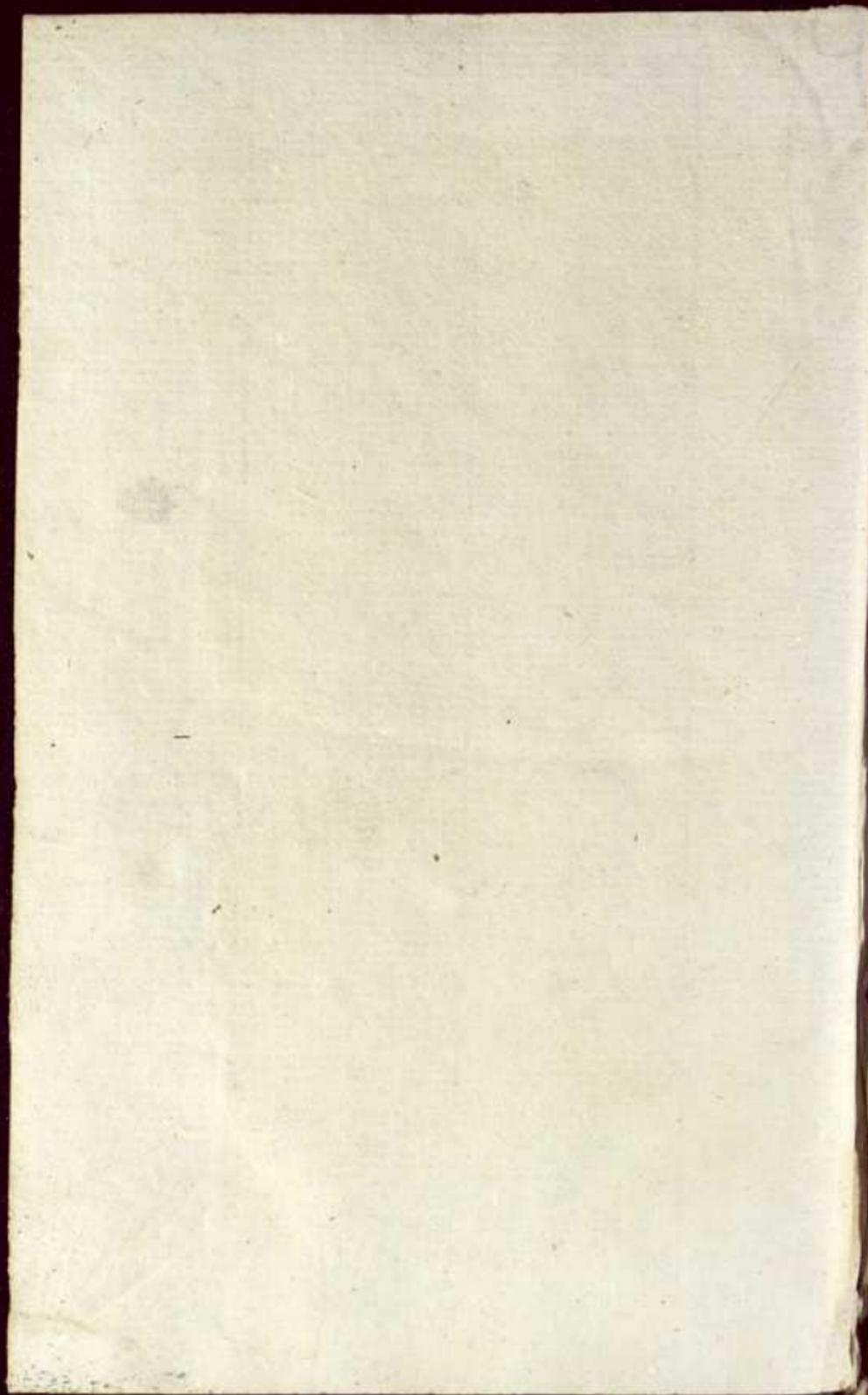
„No cabe ningun genero de convenio entre la viuda de un soberano y el vasallo rebelado. Por mas que amenace y descargue , ella no sabe ceder; pero sabrá morir. „

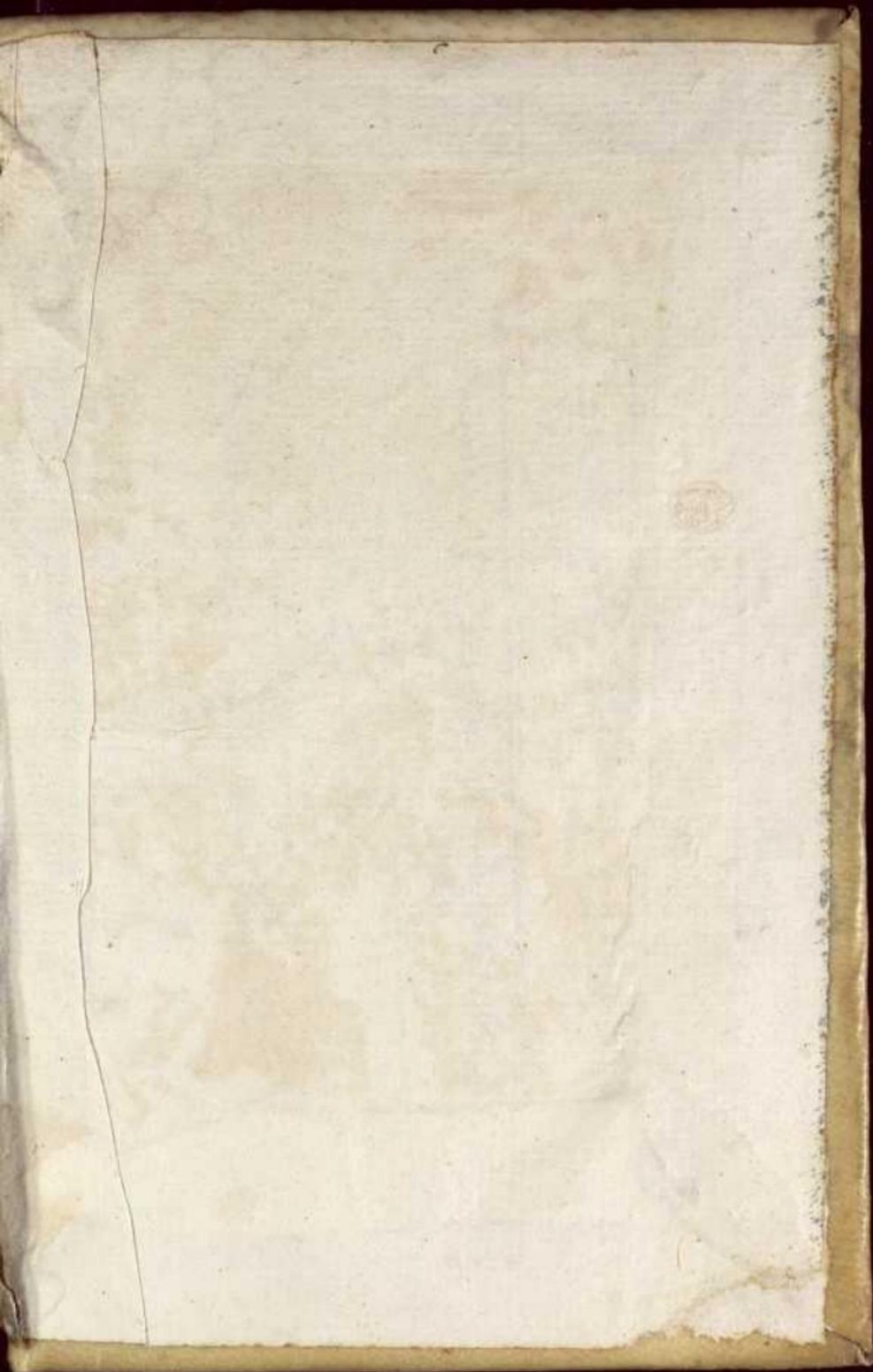
FIN DEL TOMO III.

ERRATAS
DEL TOMO III.

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Léase:</i>
6	18	serenidad serenidad del día
17	6	han ha
26	22	la lo
27	2	acostumbraba; acostumbra;
44	4	aresto arresto
54	7	atrozamente atrocemente
70	13	decorosas; dolorosas;
131	23	palaciegos palaciegos
133	10	cortesasa; cortesana;
167	13	entrado entrando
170	2	cargo carro
174	19 y 20	revestido? revestida?
Id.	20 y 21	inaudita inaudito
176	20	audencia audiencia,







Unive
B

EL
CENIEN
DE LA
Magda
Tom. 3.

Universitat de València
Biblioteca Històrica

4

3013